

CARRUAJE FÚNEBRE

CURTIS GARLAND

«El bailoteante farol fue colgado de un saliente de hierro de la pared del panteón. Su movimiento se hizo menos acentuado, pero el aire gélido lo hacía oscilar un poco. Era curioso, pensó Moore. Pero su juego de luz y sombra sobre el rostro feo e ingrato del difunto daba a éste, a veces, una apariencia de vida, como si moviera los músculos helados de su rostro. Moore hubiera jurado que la luz dibujaba a veces como una mueca sarcástica y cruel en los labios apaciblemente cerrados ahora, con un amarillo estremecedor, que se extendía por todo el resto de la afilada faz».



Curtis Garland

Carruaje fúnebre

Bolsilibros: Selección Terror - 148

ePub r1.1

xico_weno 03.09.16

Título original: *Carruaje fúnebre*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

«… Bruscamente, todo su cuerpo, en el espacio de un minuto, o aún menos, se encogió, se deshizo…, se pudrió entre mis manos,

»Sobre el lecho, ante todos los presentes, no quedó más que una masa casi líquida, de repugnante, de abominable putrefacción».

EDGAR ALLAN POE.
El caso del señor Valdemar.

PRÓLOGO

EL MUSEO DEL CRIMEN

—Creo que es realmente admirable, inspector. Admirable de todo punto, para serle sincero.

—¿De verdad le gusta, capitán Flaherty?

—Ya le he dicho que es una maravilla. Denota método, paciencia, buen criterio y un sentido excelente de lo que posee auténtico valor de documento histórico…, aunque sólo sea en su aspecto legal, forense o criminalista. Creo que solamente una mentalidad británica pudo imaginar algo así y llevarlo tan perfectamente a la práctica.

—Me alegra que sea de su agrado. En realidad, no es todavía muy amplio. Disponemos de otras salas…, totalmente vacías por el momento. Pero por desgracia, al paso que crece el ritmo del delito en nuestro país, no tardarán en verse llenas de objetos fascinantes, capitán Flaherty.

—No lo pongo en duda —suspiró el capitán James Flaherty, de la policía metropolitana de Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica, deteniéndose ante una vitrina en la que se veían hasta una docena de cuchillos de las más diversas dimensiones, todos ellos afilados, centelleantes, a excepción de dos o tres de ellos, de opaca hoja, debido a unas manchas cárdenas que también se repetían, pero mucho más amplias, sobre el chal o echarpe azul pálido que les servía de fondo. Miró curiosamente aquel pequeño arsenal de armas blancas, y miró pensativo a su acompañante, con cierta luz interrogativa en sus pupilas—. ¿Y esto, inspector?

—Se trata de las armas utilizadas por Carnicero Dobson, en sus crímenes de Blackfriars, hace cuatro años. Todas sus víctimas eran mujeres, elegidas entre sirvientas y criadas. Nunca se supo la razón

exacta de sus crímenes, porque se arrojó al Támesis, perseguido por la policía, y cuando fue rescatado de las aguas, había muerto. Tenía sólo veinte años, y la fuerza física de un gorila. Era carnicero en el mercado de Whitechapel, y en sus horas libres se dedicaba a matarife de seres humanos —comentó con ironía muy británica el joven inspector Moore, de Scotland Yard—. Como verá, la sangre todavía es visible en las hojas de acero y en el chal de la última de sus víctimas…

—Fascinante —admitió con tono de vivo interés el policía norteamericano, prosiguiendo su marcha por el pequeño y espléndido museo montado por Scotland Yard en un anexo de su viejo y gris edificio cercano al Támesis—. Supongo, inspector Moore, que alguno de los objetos que aquí se exhiben le recordará a usted un caso personal, algo en cuya resolución intervino usted de un modo más o menos directo…

Dorian Moore, inspector de policía, sonrió con cierto aire divertido. Asintió despacio, y siguió adelante por las galerías del Museo del Crimen, montado por Scotland Yard para evocación y recuerdo de sus más notables casos históricos en la antología británica del delito sangriento.

—Existe solamente un objeto en todo el museo —señaló calmosamente—. Por la sencilla razón de que yo llevo muy poco tiempo en Londres, adscrito a Scotland Yard directamente. Pero como en el caso que me facilitó el ascenso a la policía de la capital intervino también Scotland Yard de un modo más o menos directo, aquí está el elemento que recuerda mi caso más famoso, y también más inquietante. Aquél por el que, en estos momentos, yo ocupo un puesto en la organización londinense, y no sigo en mi pequeña oficina de pueblo, ocupándome de los casos rurales, casi siempre carentes de interés…, con excepción del que le he mencionado.

—Oh, comprendo —el americano estudió con interés a su colega británico. Pasaron ante un ventanal por el que llegaba la claridad turbia de la tarde. Una tarde típicamente londinense, como un homenaje nacional a la visita del policía yanqui. Niebla, brumas densas en las calles, y una penumbra en el propio museo, que hacía pensar en la pronta utilización de las luces de gas para disipar las sombras.

Tras unos momentos de silencio, mientras solamente sus pisadas,

sobre el pavimento del recinto, eran el único sonido audible, el policía neoyorquino indagó, curioso:

—Y… ¿cuál es ese objeto, inspector?

—Lo verá en seguida —sonrió Moore—. Inicia la nueva colección, en la sala inmediata… Vea primero la mascarilla de *lady* Blood. Una mujer escalofriante. Degolló a su esposo, sus tres hijos e incluso a, su amante, sólo por el placer de matar… Más allá, tiene el instrumento de tortura con el que Morgan Blake el Duque, torturaba a sus víctimas en el sótano de su casa, imbuido por la obsesión de que él era un señor feudal, y aquéllas sus mazmorras para someter a tormento a sus vasallos. De ese modo acabó con seis vecinos de la casa, antes de ser descubierto y ahorcado.

—Un delicioso conjunto de objetos siniestros y terribles —se estremeció el capitán Flaherty, impresionado. Miró de soslayo a su acompañante. Pareció recordar algo—. Ah, me olvidaba… ¿No iba a venir su esposa para acompañamos en esta visita?

—Más tarde —suspiró Moore, mirando su reloj de bolsillo—. Tenía trabajo esta tarde. Creo que antes de que oscurezca, estará ella aquí. Por cierto que le interesará la parte de historia que ella conoce en torno a ese objeto de que le hablé, el que representa mi único triunfo importante en mi carrera.

—¿Acaso su esposa también intervino de un modo u otro en el caso?

—Intervino en él de un modo muy directo. Creo que, sin su ayuda, jamás hubiera llegado a descubrir la terrible verdad que se ocultaba tras aquellas muertes, el horror que encerraba el caso, y que lo hacía distinto a cualquier otro…

—¿Y dice que eso sucedió fuera de Londres?

—En un pequeño pueblo, para ser exactos. Entre Leicester y Coventry, un poco al norte. Resulta difícil encontrarlo en los mapas corrientes, pero lo hallará en uno de carreteras británicas… Tiene menos de cinco mil habitantes. Se llama Bradfield, y vive preferentemente de su agricultura y comercio de vinos y licores. Allí comenzó todo, capitán, un día de tanta niebla como este de hoy…

Atravesaron la puerta de comunicación con la sala inmediata. El capitán Flaherty lanzó una exclamación de sorpresa, parándose en seco. Contempló el único objeto que aparecía en la desierta y amplia sala.

—Pero…, ¡pero aquí sólo hay un coche! —Exclamó—. ¡Un coche fúnebre, inspector!

—Exacto. Un carruaje fúnebre —asintió Moore apaciblemente—. Un elemento singularmente importante en la historia. Quizá porque fue el elemento común a todos los episodios dramáticos vividos entonces en Bradfield.

—Un coche fúnebre… —Estudió el carruaje negro, con su vacío soporte para conducir el féretro, con su pescante, en el que se sentaba un cochero de librea negra, una figura de cera representando a un hombre pelirrojo, de frondosas y largas patillas, conduciendo el inexistente tiro de caballos—. Cielos, no logro entenderlo. Es un objeto demasiado voluminoso para este museo, ¿no le parece?

—Es lo mismo que dije yo, cuando lo trasladaron aquí desde Bradfield, para formar parte de la colección. El superintendente Hoggart me dijo que no importaba su volumen. Lo que contaba era su importancia en el caso de Bradfield, el Misterio de Más Allá de la Muerte…

—¿El… qué? —jadeó Flaherty, volviendo su asombrado rostro hacia su colega británico.

—El Misterio de Más Allá de la Muerte —sonrió Moore—. Nuestros periodistas son muy dados al sensacionalismo policíaco, capitán. Les gusta bautizar los casos que la policía tarda en resolver…, o no resuelve nunca: El Enigma de Jack el Destripador, Terror de Whitechapel; El Misterio de las Cabezas Cortadas en el Río; El Secreto del Hombre que Amaba Cadáveres…, y cosas así, por citarle sólo unos pocos y espeluznantes casos de los que Scotland Yard ha investigado, con éxito o con fracaso. Pues bien, el de Bradfield fue titulado así por nuestra «prensa amarilla»: El Misterio de Más Allá de la Muerte…

—Muy truculento…, y muy irreal, ¿no le parece? Ningún asunto policíaco puede ir más allá de la propia muerte…

—Creo que está equivocado, capitán. Este caso sí responde a su truculento nombre. Hubo algo que estaba «más allá» de todos nosotros. Y que nos costó encontrar, Quizá por ello sea el coche fúnebre lo más representativo del asunto. En él viajaron las víctimas de una siniestra cadena de muertes inexplicables. Su último viaje hasta la sepultura, en buena lógica, debió haber marcado el final de

sus existencias. Y, sin embargo, no fue así. Por tres veces consecutivas, hubo algo más… Algo que sobrevivió a la propia muerte.

—¿Tres veces?

—Eso es: tres casos sin conexión aparente entre sí. Tres historias que cualquiera hubiese imaginado diferentes y ajenas. Y, sin embargo…

—Sin embargo, supongo que esto fue el nexo que las relacionó entre sí: el coche fúnebre —concluyó Flaherty, ceñudo, señalando al negro vehículo vacío.

—En cierto modo. Había otra relación mucho más sutil y oculta…, pero el coche de difuntos fue un eslabón más, quizá el más importante para mí…

—¿Y esa figura? —Señaló al pescante, al hombre hecho en cera y vestido impecablemente, digno de figurar en el otro museo famoso de Londres, el de *madame* Tussaud—. ¿Sólo un personaje de ficción, para darle más apariencia de realidad a este vehículo?

—No, no. Ni mucho menos. Corresponde a un pintoresco y divertido personaje del drama. Alguien que viajó siempre con los muertos. Pero que formaba parte de su rutina, a fin de cuentas, ya que como conductor del coche fúnebre de Bradfield, cobraba un sueldo del Ayuntamiento local. Él fue el encargado de llevar a su tumba a los tres personajes del caso, uno tras otro. Cierto que condujo a otros muchos, relacionados o no con nuestro asunto, pero los tres cadáveres fundamentales fueron llevados por él al pequeño cementerio del pueblo, como un acto rutinario más, dentro de su triste oficio. Que, por cierto, él parecía llevar con excelente humor…, ayudado por la bebida en gran parte, eso sí.

—Imagino que es el único modo de dedicarse a oficios así: conductor de esa clase de coches, sepulturero, funerario… —comentó con desagrado el capitán Flaherty.

—Evidentemente —rió Moore entre dientes—. Pero nunca vi beber a nadie tanto como al bueno y simpático de Marius Fitzgerald, nuestro inefable conductor de coche fúnebre… Aunque quizá tampoco conocí nunca a un tipo que mirase con mayor indiferencia a los muertos y todo cuanto les rodeaba. Para él, un cadáver era sólo una mercancía. O un viajero para su singular fiacre negro, de idéntico trayecto siempre: Bradfield-cementerio, y

retorno. Jamás volvía con su pasajero. Siempre era un viaje sin regreso posible para el ocupante del vehículo, contra lo que sucede en cualquier otro coche de alquiler. Y, sin embargo…

—Y, sin embargo…, ¿qué? —se interesó el americano, desviando su fascinada mirada del carruaje funerario, para mirar fijamente a su colega inglés.

—No, nada —hizo un gesto evasivo Moore, y suspiró, sacudiendo la cabeza—. Si le contara algo más, me vería obligado a relatarle la historia completa, para que todo tuviera sentido.

—Por favor, inspector Moore, ¿no podría hacerlo?

—¿Relatarle la historia del caso?

—Sí, se lo ruego. Creo que ha de ser fascinante…

—Quizá lo sea. Pero resulta un poco larga para referirla ahora… Podemos pasarnos más de una hora, si en realidad quiere conocer todo el asunto. Y va a anochecer pronto…

—No importa. De todos modos, hemos de esperar aquí a su esposa, ¿no es cierto? —Sonrió con ironía—. Le aseguro que empieza a impresionarme su museo, especialmente su carruaje de difuntos, pero no me asusta. Puede relatarme cuanto sucedió. Quizá sería una experiencia singular para mí y para mis colegas de Nueva York…

—Bien, si se empeña… —Dorian Moore se encogió de hombros —. Allá usted, capitán. Para mí fue un suceso apasionante, pero es posible que a usted le resulte aburrido.

—Por favor… Estoy seguro de que no será así.

—De acuerdo. Empezaré, entonces, por el principio… Bueno, el principio había tenido lugar hacía ya tiempo, pero yo no podía saberlo. Para mí, que es lo que cuenta en este caso, todo comenzó con una muerte súbita y violenta. La muerte de un hombre muy rico, llamado Howard Rhodes…, en un día de espesa niebla, en que resultaba difícil incluso ver las escasas luces de las callejuelas de Bradfield, cuando aún no había oscurecido totalmente…

Primer viaje al cementerio

EL CADÁVER

CAPÍTULO PRIMERO

Howard Rhodes nunca había sido un hombre atractivo.

Pero muerto, todavía lo resultaba menos. Estirado en su ataúd, sobre el forro púrpura de la suntuosa caja de caoba con asas y adornos de plata, se le veía demasiado largo y enjuto. También demasiado flaco de rostro, con las mejillas sumidas, los pómulos marcando sus huesos, y la nariz afilada por el efecto propio de la muerte. El tono céreo de la piel, y los abundantes pelos emergiendo de sus fosas nasales, tras la defunción, prestaban al cadáver el menor atractivo posible. Había costado cerrarle la boca, porque un grito postrero, agudo y estremecedor, había dejado desencajadas sus mandíbulas en la agonía. Ahora, gracias a aquel pañuelo anudado en torno a su mentón, se le mantenía la delgada y amarilla boca cerrada.

No. No era agradable contemplar el cuerpo sin vida del muy rico y desagradable señor Rhodes. Pero su esposa, aún con evidente asco en el rostro, que ni siquiera el fingido dolor podía disimular, clavaba sus ojos en el féretro, obligada a permanecer allí, delante de todos los presentes, junto a los velones encendidos, que extendían por la cámara ardiente un desagradable aroma a cera quemada, y no muy lejos de la caja mortuoria que contenía los restos de su marido.

Ciertamente, no es que nadie en Bradfield se tragara ni de lejos que Selena Rhodes había sentido alguna vez amor por su esposo. Pero las cosas en las pequeñas comunidades como Bradfield no eran como tenían que ser en realidad, sino como aparentaban ser, La murmuración era siempre la misma. El comadreo estaba a la orden del día. Y los comentarios en tomo a los Rhodes no podían ser piadosos en modo alguno:

—Bien sufrió la pobre señora Rhodes, con las aventuras

amorosas de su marido…

—¿Amorosas? Y lo que no era amoroso… Se dice que jugaba miles de libras cuando se ausentaba de Bradfield, en sus viajes a Londres o a Manchester…

—¿Y la bebida? Aunque parecía un saco de huesos, en realidad se asemejaba más a un barril de ginebra, aunque no engordase lo suficiente para dar esa impresión…

—Hum, ¿y ya olvidaron el feo y oscuro asunto de la joven y bella señora Bingham? Sí, aquella dama tan atractiva, Susan Bingham… La pobre mujer… Se dice que su muerte no estuvo clara, ni mucho menos… Y todo porque no quiso ceder a las galanterías de Rhodes… Porque le despreció públicamente, un día que él estaba ebrio…

—Por Dios, si se llegó a suponer que él…, él había matado a la pobre señora Bingham, arrojándola por el barranco… Que no fue un accidente, sino que la empujaron…

—Tonterías. La policía nunca descubrió nada que confirmara esa sospecha.

—Pero su marido siempre sospechó, estoy segura —era el punto de vista de otra de las muy ilustres comadres de Bradfield—. Y el pobre…, terminó matándose, desesperado al verse solo, sin su pobre esposa… Fue una horrible tragedia.

—Horrible de verdad… Si ©1 culpable de todo fue Rhodes…, ¡bien muerto está!

—Jesús, no hablen así… —Ésta era una comadre religiosa, temerosa del Señor y también de los difuntos. Sobre todo, de los difuntos—. Pobre señor Rhodes, que descanse en la paz del Señor… No somos quienes para juzgar. Así no seremos juzgados…

—Sí, pero miren a la esposa… Selena finge llorar y finge dolor. ¡La verdad es que está contenta, muy contenta de verse libre de su odiado marido!

—Ella siempre ha sido demasiado joven para estar unida a Howard Rhodes…

—¡Pues que no se hubiera casado! —Protestó una puritana—. ¿Por qué lo hizo, señores? ¡Porque él era muy rico…, y ahora heredará sus millones, sus propiedades, todo! Menuda lagarta es la tal señora Rhodes, con su aire de mosquita muerta…

—Sí, sí… Pero ahora va a ser la mujer más rica de Bradfield…

—Ahora podrá buscar alguien más joven…, aunque tenga que mantenerlo.

—Seguro que será así. Toda esa clase de mujeres son iguales… —opinaba la puritana de turno.

Y entretanto, ajena a todas aquellas murmuraciones, pero segura de que estaban despellejándola implacablemente, mantenía su compostura, su grave expresión, su inmovilidad, enlutada junto al féretro de su esposo.

Era como si realmente estuviera pendiente del hombre muerto, como si fuese una viuda inconsolable. Sólo el brillo astuto de sus ojos, bajo el velo color humo, revelaba que no todo era auténtico dolor en su persona.

Había mentira en su gesto. Ficción en su amargura. Era una simple máscara, bajo la cual, tal vez, se escondía el espíritu calculador de una mujer que, en estos momentos, ante el cadáver nada agradable de un esposo que, en vida, tampoco resultó precisamente grato a nadie, pensaba más en sí misma y en su herencia, que en el hombre recién fallecido.

El murmullo borroso de las conversaciones impías de las comadres era como un ronroneo de fondo, nada respetuoso para el difunto ni para la viuda, si ésta hubiera sentido realmente el dolor de la pérdida.

Ese cuchicheo se cortó de repente, al abrirse la puerta de la estancia y aparecer en su umbral dos personas. Dos personas muy distintas, ciertamente.

Uno, era alto, delgaducho y desgarbado. Muy pelirrojo, de grandes y frondosas pupilas. Vestía enteramente de negro, y su figura y rostro tenían algo de lúgubre, a pesar del tono enrojecido de sus saludables mejillas, quizá más a causa del alcohol que de una auténtica salud a prueba de bomba.

El otro, un hombre joven, de cabellos castaños, ojos grises y expresión inteligente, era también alto, pero bien proporcionado. Vestía el uniforme de la policía local. Su expresión era pensativa, cuando asomó a la cámara ardiente.

Las comadres le miraron, intrigadas. La viuda alzó sus ojos hacia él, muy lentamente.

—Ahí tiene al difunto señor Rhodes, constable Moore —dijo el pelirrojo—. Supongo que ya conoce a su esposa, Selena Rhodes…

—Sí, la conozco… Gracias, Fitzgerald. Ha sido muy amable… —Moore palmeó al hombre de aire fúnebre—. Me ocuparé de todo yo mismo. Hasta luego.

—Ha sido un placer, constable —aseguró Marius Fitzgerald, conductor del coche fúnebre local, y encargado de los preparativos funerarios de los cadáveres que luego se ocupaba de conducir al cementerio de Bradfield—. Ya nos veremos, cuando haya investigado ese asunto sobre el difunto señor Rhodes…

Cerróse la puerta Las comadres aguzaron sus agudísimos oídos más todavía. Moore caminó respetuosamente, gorra en mano, hacia donde se hallaba la viuda Rhodes. Se inclinó hacia ella, cortés.

—Lamento importunarla en estos dolorosos momentos, señora —manifestó apagadamente.

—No se preocupe, constable —ella le sonrió triste y suavemente. Las mujeres de cualquier edad, en Bradfield, siempre sonreían a Dorian Moore. Era un joven muy atractivo para que no fuese así—. Si tiene algo que comunicarme, hágalo. Supongo que es algo relacionado con su deber…

—Lo es —asintió lentamente Moore, eligiendo sus palabras con cuidado—. Se refiere a la muerte de su esposo, señora Rhodes…

—Creí que con la autopsia, todo estaba resuelto en ese terreno… —Manifestó ella con voz amarga.

—Eso creí yo también. Inicialmente, el forense estaba seguro de que la autopsia había dado los datos precisos para confirmar que su esposo falleció de un accidente violento, como todos pensábamos. Pero…

—Pero… ¿qué, constable Moore? ¿Qué ocurre, exactamente? —quiso saber ella, levemente pálida bajo su velo gris humo.

—Ha sido hallado algo en sus vísceras, señora. Algo que hace suponer ahora, sin lugar a dudas, que su esposo… ha sido asesinado.

* * *

—Asesinado…

—Así es. La muerte de Howard Rhodes es un homicidio, sin duda alguna.

—Pero… ¿cómo pueden saberlo? Es una conclusión muy grave…

—Lo es. Sin embargo, el doctor Mitchell está completamente seguro de ello. Ha sido su definitivo dictamen. De modo que ahora deben empezar las investigaciones pertinentes, señora Rhodes…

—Es que… no logro entenderlo, constable Moore… —rechazó ella, aturdida, muy pálida ahora, y con su velo alzado, para contemplar mejor a su joven interlocutor uniformado—. ¡Si su muerte se produjo al caer con su carruaje por el sendero de la vieja cañada, cerca de los pantanos! Está demostrado que el carruaje sufrió la rotura de su eje, la rueda saltó, mi esposo no pudo controlar a los caballos, y éstos se precipitaron con él y con el vehículo, por la ladera empinada, en fatal caída…

—Ésos fueron los hechos, señora, efectivamente. Todo eso se comprobó. Pero también se ha comprobado que su esposo era un hombre muy ágil. Y muy diestro conduciendo carruajes y caballos… Eso ya significaba algo. No hay duda de que lo sucedido denotó torpeza, inexplicable en un hombre como él, aunque siempre cabe el error humano o el fallo imprevisible. De todos modos…, es lógico que un hombre falle en sus reflejos y reacciones… cuando previamente ha sido… envenenado.

Ella tomó el color de un auténtico difunto al mirarle, con ojos dilatados. Temblaron sus manos.

—¡Envenenado! Howard, envenenado… ¿Está seguro de lo que dice?

—El forense, cuando menos, sí lo está —suspiró Moore, apacible —. Y ése es su trabajo, señora…

—Sí, lo entiendo, pero…, pero se me hace todo tan increíble, tan absurdo…

—Quizá sea absurdo. Quizá le resulte increíble. Sinceramente, estoy convencido de que algo no está claro, ni mucho menos. Soy policía. Y, como tal, debo llegar al fondo del asunto. O intentarlo, cuando menos.

—Eso es lógico, constable. Yo quisiera ayudarle en todo lo preciso. Pero ¿cómo puedo hacerlo?

—Quizá diciéndome lo que necesito saber. Cosas sobre su esposo, por ejemplo.

—Sé muy poco sobre Howard, señor Moore. En realidad, sólo llevábamos casados tres años, y él no era una persona demasiado comunicativa con sus cosas…

—Lo sé. Conozco el carácter del señor Rhodes. Aquí, en Bradfield, nos conocemos todos, a fin de cuentas. Pero usted pudo saber algo de él en ese tiempo, en esos tres cortos años de matrimonio…

—¿Cortos? —Ella respiró hondo, con gesto sarcástico. Le miró irónicamente al añadir—: Yo no se los daría nunca a una esposa. Y menos, con mis años, constable.

—Parece querer admitir que no amaba demasiado a su esposo…

—¿Amarle? Por Dios, señor Moore, ¿alguna mujer menor en treinta años a su marido le ama realmente? Y más, si él tiene dinero en abundancia… y el carácter de Howard…

—No parece muy decidida a representar el papel de esposa amante y viuda inconsolable, como hace un rato, junto al cadáver del señor Rhodes —comentó secamente Moore.

—Oh, eso… ¿Qué puedo hacer junto a esas brujas que están esperando descuartizarme al menor error por mi parte? Las arpías… Ninguna de ellas tiene caridad ni amor a sus semejantes. Pero disfrutan despellejando a los demás sin piedad alguna… Con ellas hay que representar una comedia… o terminan diciendo por ahí a todo el mundo que una ha sido capaz de asesinar a su esposo… Y el pueblo acaba creyéndolo.

—¿Asesinó usted a su esposo, señora? —preguntó fríamente Dorian Moore.

—¡Constable! —Gritó ella, irguiéndose asustada, con sobresalto —. ¿Qué es lo que está diciendo? ¿Cómo puede acusarme de…?

—No la acuso —sonrió Moore apaciblemente—. Sólo le hacía una pregunta, señora… Supongo que me dirá que no. Pero como ha mencionado esa posibilidad de ser señalada como culpable de la muerte de Howard Rhodes…

—Desde luego, no es así —rechazó la viuda, airadamente—. No le hubiera hecho daño alguno. Es ridículo. Una cosa es la sospecha del vulgo, la maledicencia de la gente… y otra muy distinta la realidad. No le amaba. Y no trato de acuitarlo hipócritamente, usted lo ha visto. Pero, ciertamente, tampoco hay razón para que la falta de auténtico amor entre dos personas que hacen un mutuo pacto, cambiando juventud por dinero, una diferencia abismal de años por un bienestar y unos lujos, conduzca inevitablemente al crimen.

—No es eso lo que he dicho yo, señora. Veo que es sincera, y esa

virtud debo admitirla en todo su valor. Muchas mujeres, en su caso, interpretan muy bien el papel de plañidera, esté segura. En realidad, hay muchas mujeres en Bradfield que podrían tener motivos sobrados para matar a su esposo. No era una buena persona, dicho con todos los respetos.

—Lo sé mejor que nadie —musitó ella con voz apagada—. No, no lo era, señor Moore. Decía que no hacía falta ser simpático a los demás cuando se tiene lo suficiente para no necesitar a nadie. Le gustaba ser antipático. Disfrutaba sabiéndose odiado. A veces…, a veces había llegado a decirme, constable…

—¿A decirle… qué, señora Rhodes?

—Que le gustaría conseguir que alguien le odiara lo suficiente como para desear matarle. Estaba seguro de que, antes de producirse ese crimen, él habría sabido que iba a morir, y habría dispuesto las cosas para vengarse desde la tumba… para que su propio cadáver se ocupara de la venganza…

—¿Eso decía él? —Moore la contempló, pensativo—. ¿Y… se lo decía a usted, señora?

—Sí. Me lo decía a mí. Me miraba de un modo raro, como si pensara que yo era capaz de llegar a matarle… —Respiró con fuerza. Le miró abierta, audazmente incluso—. Ya ve que no le niego nada. Usted me hizo una pregunta. Él iba más lejos: sospechaba de mí. Me creía capaz de llegar al crimen. De deshacerme de él.

—¿Se equivocaba?

—Rotundamente. No tengo valor para matar. Tal vez de otra forma… sí hubiera respondido a sus sospechas.

—Quizá él bromeaba, señora… —sugirió Moore.

—No. No bromeaba. Howard jamás bromeó en su vida. No tenía sentido del humor. Y si lo tenía, estaba mezclado con acíbar y veneno.

—Veneno… Justamente, señora. Veneno. Eso es lo que busco. Veneno que alguien hubiera podido administrar a su esposo, antes de salir de viaje en su coche de dos caballos…

—El veneno, sí… —suspiró ella, amargamente. Bajó la cabeza—. ¿Qué clase de veneno era?

—Cianuro. Una pequeña dosis. Suficiente para matar, sin embargo. Mezclado con ciertas bebidas, ni siquiera se nota.

Especialmente, con algo espumoso, con infusiones amargas… ¿Usted le sirvió algo parecido en casa esa noche?

—No, en absoluto. No quiso tomar nada, tras la cena. Y pasaron más de dos horas hasta que se dispuso a salir, desde el fin de la cena.

—Dos horas… Demasiado. —Moore sacudió la cabeza—. No creo que tardara tanto en presentarse la acción del veneno. Dado el lugar donde sufrió el accidente, al menos haría ya dos horas y media de su cena, cuando el coche volcó, causándole la muerte.

—Si el carruaje no vuelca…, ¿él estaría muerto igualmente? —quiso saber Selena Rhodes.

—Sí —afirmó gravemente Moore—. Igualmente, señora. De todos modos, comprobamos ya el carruaje que conducía. El desprendimiento de la rueda fue provocado. Alguien dispuso convenientemente el eje en ese sentido. No hay duda de que fue un crimen bien planeado…

CAPÍTULO II

—Un crimen… ¿Seguro, constable Moore?

—Seguro, señora Floyd —afirmó Moore, contemplando fijamente a Rebeca Floyd, ex sirvienta del matrimonio Bingham.

—Ya… —Ella bajó la cabeza, como reflexionando sobre el tema —. Y… ¿por qué viene a decírmelo a mí? Yo nunca serví en casa de los Rhodes…

—Pero sirvió a los Bingham. Usted fue acusada públicamente por el señor Rhodes, y estuvo a punto de ir a parar a la cárcel por calumnias contra él.

—Eso es una vieja historia. Me retracté de todo, ¿no es cierto?

—Cierto. Eso la libró de la cárcel. Pero la duda quedó en todos. Usted dijo entonces que estaba segura de que el señor Rhodes había empujado a su señora, Susan Bingham, al barranco. En suma, que él le causó la muerte.

—Dije eso entonces. Estaba convencida de ello por esa época.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora ya hace demasiado tiempo de todo eso. La señora fue enterrada y olvidada. Su esposo, el pobre señor Bingham, se mató… ¿Por qué no dejar reposar a los muertos, constable?

—Porque hay más muertos ahora. Un hombre envenenado: Howard Rhodes.

—¿Envenenado? —La fornida Rebeca Floyd se encogió de hombros—. Pregunte a su esposa, y tal vez ande más cerca de la verdad…

—Ya he hablado con ella. Pudo ser ella la culpable. Pero pudo ser otro.

—¿Quién? Los Bingham han muerto. Ya no pueden vengarse.

—Yo no creo que los muertos puedan vengarse, pero Rhodes sí lo pensaba, no sé por qué —comentó gravemente Dorian Moore—.

Rebeca, usted quiso mucho a sus patrones, los Bingham, eso me consta. ¿De verdad no pensó nunca en… en la venganza?

—¿Se ha vuelto loco, señor? —protestó ella, asombrada—. ¿Yo, una asesina?

—Digamos que, a su modo de ver, sólo una justiciera, si pensaba que Rhodes tuvo la culpa del trágico fin de los Bingham…

—¡Claro que tuvo que ver! —Se disparó ella violentamente—. ¡Los Bingham fueron moralmente asesinados por Rhodes! Es más: la señora lo fue incluso físicamente. La empujó él, estoy segura. Era un canalla. Capaz de todo por vengarse de un despecho, de un desprecio de aquella dama… El señor también lo sabía…, pero fue demasiado cobarde para vengarla. Y se mató…

—Rebeca, ahora vamos entrando en el terreno adecuado. Usted supo siempre todo eso. Él era un asesino en la impunidad. Es lo que usted ha pensado durante más de un año. Y al final… se ha vengado. Ha devuelto el golpe a Rhodes, ¿no es cierto?

Rebeca se detuvo en su reacción violenta. Miró sorprendida a Moore. Se mordió el labio, como si hubiera hablado de más. Sacudió con energía la cabeza, centelleantes sus ojos.

—Pero… ¿qué está diciendo? —Murmuró irritada—. ¿Yo… matar? ¿Cómo, Moore? ¿Cómo pude hacerlo yo? Y menos… con un veneno. ¿De dónde podría sacarlo?

—A eso iba, Rebeca. —Dorian Moore la miró, pensativo—. Usted trabaja ahora para el farmacéutico Harvey. ¿De dónde mejor podría sacar un veneno como el cianuro… sino del laboratorio de una farmacia…?

* * *

—La farmacia… —John Harvey, farmacéutico de Bradfield, se quedó mirando con asombro a su joven visitante, el policía Moore. Movió la cabeza, desorientado—. Cielos, ¿es eso lo que piensa, Moore?

—Es sólo una idea. ¿Notaría usted si le falta una dosis de cianuro, suficiente para matar a una persona? Sé que todos los venenos tienen utilidad medicinal, aplicados en mínimas dosis, dentro de fórmulas químicas…

—Sinceramente, si esa dosis es la precisa para matar a un ser humano… no. No podría notarlo, aunque poseo escasa cantidad de

ese tóxico, Moore. Pero de eso a sospechar de Rebeca Floyd… Ella es sólo una sirvienta, una mujer de limpieza…

—Rebeca Floyd es inteligente. No culta, pero sí inteligente. —Dorian caminó por la farmacia, entre sus estanterías de madera pulimentada llena de potes tradicionales. Echó una ojeada al laboratorio interior, con su instrumental de trabajo y otras hileras de tarros, recipientes y estuches de productos químicos diversos—. Le bastaría haber leído algo sobre tóxicos para buscar ahí dentro, mientras limpia por las mañanas, a primera hora, antes de abrir su establecimiento, y dar con el producto adecuado. Sabida la dosis a tomar, la recogería… y asunto resuelto.

—Admito que eso pudiera suceder, pero ¿cómo explicaría que ella administrase el veneno a Rhodes, no sirviendo en su casa? —argumentó el farmacéutico, alisando sus blancos cabellos, con mirada inquisitiva tras los lentes de pinza, a caballo de su nariz halconada.

—Siempre hay medios de entrar en otra casa un momento, Harvey —sonrió Moore, encogiéndose de hombros—. La amistad con una criada, con un sirviente cualquiera… Bastaría un par de minutos, acaso menos, para depositar el veneno en un té, en un licor, en cualquier bebida que ella supiera iba a ingerir Rhodes…

—Es una teoría demasiado complicada, Moore —rechazó el farmacéutico, ceñudo—. Rebeca no parece lo bastante capacitada para hacer todo eso sin despertar sospechas, sin cometer un error que la delatase…

—Sí, es sólo una teoría. De otro modo, ya la habría arrestado —miró fijamente Moore al farmacéutico—. Harvey, usted es un gran amante de la belleza femenina… ¿No se le ocurrirá estar encubriendo a la señora Rhodes, si le hizo la adquisición de algún producto farmacéutico, en cuya composición entraría el cianuro…?

—¡Cielos, Moore! —Se escandalizó el farmacéutico de Bradfield—. ¿Por quién me ha tomado usted? Eso sería… sería complicidad en un homicidio.

—No, si usted ignoraba la utilidad real del producto, al ser adquirido.

—Pero ahora sería encubridor, sobre todo después de conocer el dictamen del forense —objetó fríamente John Harvey.

—Cierto. —Moore contempló reflexivo al farmacéutico de

blancos cabellos—. Perdone, Harvey, Creo que me he excedido en mis sospechas.

—Sí, un poco —admitió su interlocutor, ceñudo. Pero luego, despejando su entrecejo, añadió, con voz preocupada—: Sin embargo, todo está justificado cuando se es policía… y un asesino anda suelto.

Moore miró con gratitud al farmacéutico. Se encaminó a la salida de la pequeña tienda, con gesto taciturno. Sonó la campanilla de la puerta, al abrirla para salir a la calle empinada de Bradfield, con su calzada empedrada y desigual.

—Sí, Harvey —suspiró—. Gracias por entenderme… y entenderlo. Ésa es, justamente, la situación. Y no crea que es agradable para mí ni para nadie… excepto para el asesino.

* * *

—¿Asesino? —Se sobresaltó el notario McLower, de Bradfield. Se ajustó mejor sus lentes para indagar, alarmado—: ¿Hay de veras un asesino, señor Moore?

—Eso me temo, notario —admitió secamente el joven constable de Bradfield—. Pero ahora veo que no es eso lo importante. Un asesinato no importa demasiado… cuando un notario va a leer el testamento de un hombre rico.

—Bueno, cuando abrí la carta que el señor Rhodes dejó en mi poder, para ser abierta «solamente en caso de muerte súbita», como dice el sobre claramente, no podía pensar que hubiera cosas así en medio…

—Pues las hay. Pero nada se ha aclarado aún. Imagino que eso no altera en nada el hecho de que ese testamento haya de ser leído ahora…, tal y como parece que quería el señor Rhodes…

—Exacto —carraspeó el notario—. Así lo quiso él. Es su última voluntad. Y, según ella, el testamento deberá ser leído justamente en su cámara ardiente… antes del funeral.

—Dios mío… —Se oyó el susurro angustiado de la viuda, al fondo.

El notario McLower miró en esa dirección sin hacer comentario alguno. Tras un silencio, se arregló mejor las gafas y hurgó en su negro maletín profesional. Crujieron papeles dentro de él.

—Bien, señores. Conforme deseaba el difunto señor Rhodes, voy

a proceder a la lectura de la última voluntad de mi cliente, tal y como él la solicitó. Es decir: delante de su féretro insepulto, antes de los oficios fúnebres que le conducirán a la sepultura. Presentes deberán hallarse, obligatoriamente, su socio, Saúl Hendrick, y su esposa, *lady* Selene Rhodes. Como ello es así, y nada se objeta a la posible presencia de un miembro de la autoridad en el acto, el constable Dorian Moore podrá estar presente, siempre haciendo constar yo en acta al efecto dicha presencia. ¿Están conformes los presentes?

—Sí —dijo la voz grave de un hombre—. Conforme, señor McLower.

Moore giró la cabeza. Contempló al personaje solemne, frío y distante, erguido junto a la puerta de la cámara ardiente. El aire en la estancia era pesado, y apestaba a cera y a muerte. Moore estaba convencido de que los cadáveres despedían cierto olor especial. Ese indefinible aroma a difuntos… Ello, a pesar de bálsamos, desinfectantes y todo lo demás, inherente a un cuerpo que había sufrido ya la autopsia.

Saúl Hendrick, socio del difunto Rhodes en sus negocios inmobiliarios, era un hombre huraño y áspero. Se le veía poco por la población, salvo en la fonda de Hazel Carter, donde se bebía habitualmente el mejor vino y la más excelente cerveza de todo Bradfield.

Su cabello era tan negro como podía serlo el ala de un cuervo, lo mismo que los ojos. Tenía la boca fina, apretada, el mentón duro y la nariz aguileña. No era simpático ni lo pretendía. Pero se suponía que, después de Rhodes, era el hombre más rico de Bradfield.

—Yo también estoy conforme —asintió la señora Rhodes, tras una mirada fría y poco amistosa al hombre alto, de macferlán negro y la faz de águila expectante—. Adelante con todo eso, señor McLower. Y ojalá sea breve… aunque quede desheredada.

—Bueno, no creo que sea para temer tal cosa, señora. —Carraspeó de nuevo el notario—. A fin de cuentas, usted es la única persona viva que tiene parentesco actualmente con el difunto, según me consta a mí. Si él dispusiera alguna voluntad ajena a su persona, podría con todo derecho impugnarla, con grandes probabilidades de ganar la impugnación.

—De todos modos, preferiría no hacerlo —dijo ella.

Y Moore no supo si hablaba con auténtica sinceridad o estaba mintiendo descaradamente, de cara a Hendrick y al notario. Ella ya había hablado antes con él sobre lo diferente que debía ser el comportamiento suyo ante la opinión pública, aunque eso fuese contra su propio deseo.

—Bien, dejemos de divagar sobre algo que aún ignoramos todos —el notario golpeó el sobre lacrado que acababa de extraer, junto con otro sobre más grande, que era aquél en que se había contenido el anterior, con la indicación de «abrir en caso de muerte súbita», como dijera McLower, al pie de la letra, que para eso era notario. Agitó el papel escrito que contuviera ese sobre de mayor tamaño y añadió—: Éste es el mensaje en el que me pedía el señor Rhodes la apertura del sobre lacrado, con su testamento, justamente antes de ser conducido al cementerio, a la cripta familiar, y en la capilla ardiente donde permaneciese a la espera de ese momento supremo… Si desean examinar su letra, el texto…

Hendrick hizo un gesto ambiguo, eludiendo esa responsabilidad, y *lady* Rhodes negó con la cabeza, rotundamente, rechazándola de plano. En eso, ambos estuvieron de acuerdo. El notario fijó su mirada maliciosa en Moore, antes de volver a ajustarse los lentes, emitir otra seca tosecilla de circunstancias, y, con una ojeada al féretro, al cuerpo desagradablemente rígido y mucho más desagradablemente céreo, feo y repulsivo, estirado sobre el forro violáceo del ataúd, entre el humo agobiante de los cuatro velones, puso el sobre lacrado encima de la mesita vestida con un paño igualmente púrpura, inevitablemente fúnebre, para luego, teatralmente, utilizar un cuchillo de delgada hoja, como cortapapeles, procediendo a cortar los lacres a ras de papel, con un raro, apagado susurro.

Moore estudió a los dos posibles herederos del difunto; no supo si por simple interés profesional —uno de ellos podía ser un asesino, y eso él no lo olvidaba fácilmente—, o por no mirar a aquella inquietante máscara lívida que era la faz del muerto, con su pañuelo en torno al rostro, sujetando el mentón, que ni siquiera la autopsia había logrado fijar, a menos que el doctor Mitchell hubiese procedido a coserle la boca, como hacían los jíbaros con las cabezas reducidas de sus víctimas, allá en las junglas lejanas.

Del sobre lacrado salió un documento. Un documento color

cremoso, como pergamino, que crujía extrañamente en las manos secas y huesudas del notario, como crujía la cera al arder en los velones funerarios. Todo el clima era allí pesado, denso. Moore se preguntó si el difunto Howard Rhodes no estaría disfrutando allá, en su féretro, ante las reacciones absurdas de los seres vivientes a la simple voluntad de alguien que ya era solamente carne en proceso de corrupción inmediata.

Pero era una idea demasiado tétrica, e incluso falta de respeto hacia el muerto, y prefirió olvidar el asunto, estando sólo pendiente de lo que allí sucedía.

El pliego crema se desplegó en las manos del notario. McLower era tan parsimonioso en sus acciones, que Moore se preguntó por qué no se habría dedicado a interpretar a Shakespeare, en vez de estudiar para notario.

«Evidentemente —se dijo el joven constable de la policía local, dialogando interiormente consigo mismo—, me estoy volviendo un poco cínico…».

—Última voluntad del finado Howard Rhodes —comenzó su recital particular el muy honorable señor McLower—: «Presentes en la lectura de este testamento, obligatoriamente, mi esposa Selena, y mi socio Saúl Hendrick, voy a tratar de ser lo más breve posible en la exposición de mis deseos postreros… Yo, Howard Rhodes, en pleno uso de mis facultades mentales, y consciente de que debo cumplir con aquellos que me amaron o me sirvieron lealmente en vida de la mejor forma y manera, resuelvo, mediante esta última voluntad mía:

»Primero: Legar a mi socio Hendrick, la mitad de mis acciones en nuestros negocios inmobiliarios, así como mi coto de caza en las tierras al sur de Coventry, denominadas Los Bosques del Rey, para que allí disfrute de su placer favorito, que es la caza. Igualmente, le concedo la propiedad de mi pequeña embarcación La Alondra, habida cuenta de la escasa afición que por el mar y su disfrute muestra mi querida esposa Selena.

»Segundo: A mi esposa, Selena Rhodes, dándose la circunstancia de que es la única persona viva que posee lazos familiares conmigo, le lego el resto de mis pertenencias, incluida la otra mitad de mis acciones en los negocios de inmobiliarias con Saúl Hendrick, así como mi fortuna personal, mis tierras y propiedades, y cuanto

poseo en el mundo, excepción hecha de lo que le fue legado a Hendrick.

»Tercero: Este último apartado, donde mi esposa es beneficiaría casi absoluta de mis vastas propiedades, considerable fortuna y toda clase de bienes, tendrá, obligatoriamente, una cláusula adicional que será la que vaya en cuarto lugar y que es de obligado cumplimiento, si ella desea, realmente, ser heredera de mis bienes conforme aquí queda estipulado.

»Y antes de esa cuarta cláusula, me permito anteponer, un poco arbitrariamente, la…

»Quinta: Todo cuanto mi esposa va a poseer tras mi muerte e inhumación en el panteón familiar de Bradfield no será jamás de ella, ni podrá serlo bajo pretexto alguno, ni siquiera impugnando este testamento mío, si no cumple de modo obligatorio y exacto lo que en mi cuarta cláusula le exijo.

»Por lo cual, pasamos ahora a la…

»Cuarta y última: Yo, en este momento, exijo de mi esposa Selena que…».

—¡Un momento! —cortó bruscamente una voz.

El notario dejó de leer. Todos se volvieron hacia quien había hablado. Era la propia Selena, puesta arrogante y súbitamente en pie, majestuosa en su negro atavío de viuda, muy pálida, pero con la boca apretada y los ojos centelleantes. Algo parecía sublevarle en la lectura de aquella última voluntad, y Dorian Moore creyó adivinar fácilmente lo que era.

—¿Y bien, señora Rhodes? —preguntó solícito, el notario—. ¿Acaso no se siente usted bien? ¿Le ocurre algo, para provocar tal interrupción? Desde luego, estoy de acuerdo con usted, si va a referirse a lo cargado de este ambiente. Personalmente, preferiría que esta lectura terminase fuera de aquí, en cualquier otra habitación, pero es deseo del señor Rhodes que su testamento se lea aquí, y así habrá de ser, nos guste o no. De todos modos, le advierto, señora Rhodes, que está terminándose ya…

—No me refería a eso —cortó ella agriamente—. Es que… detesto todo este asunto. Me produce náuseas lo que está leyendo usted. Me tiene sin cuidado que el señor Hendrick pueda heredar sus cosas sin ninguna condición previa, pero yo estoy dispuesta a renunciar a todo, si se me imponen condiciones.

—Señora, las condiciones las impuso su propio esposo. Yo sólo debo hacer que se cumplan, porque el deseo póstumo de un difunto es sagrado y…

—No siga, notario McLower. Sé lo que es una última voluntad. Pero también sé cómo era mi esposo Según la condición que imponga, previamente ya tiene mi respuesta. Y ésa es: ¡no! No a toda la fortuna de Howard, si se me exigen cosas que no deseo cumplir.

—Me parece respetable su deseo, señora. Pero recuerde que es mucho dinero, son muchas propiedades… y sería una locura tirar todo por la ventana, sólo por… por un beso.

Todos se miraron, sorprendidos. Especialmente, la propia Selena se irguió, estupefacta.

—¿Un… beso? —Repitió, incrédula—. ¿A qué se refiere?

—Tal vez no sea demasiado regular que anticipe un hecho, señora, pero su actitud me obligó a obrar así. Verá… Según este testamento, y siguiendo su orden, hemos dicho que la cuarta y última cláusula del mismo empieza: «Yo, en este momento, exijo de mi esposa Selena que, en el momento mismo de la inhumación, antes de ser sepultado para siempre en la cripta familiar… mi féretro sea abierto ante todos los presentes. Y que ella, como amante esposa mía, se incline sobre mi cadáver…, y bese mis labios. Ese beso habrá de tener, como mínimo, unos segundos de duración. Exactamente, cinco. Ni uno menos…, o quedaría desheredada automáticamente. Es todo. Si ella cumple mi deseo…, que sea muy feliz, y disfrute de sus bienes del mejor modo posible y que a ella le plazca.

»Firmado: Howard Rhodes, en Bradfield, Coventry, a once de setiembre de 1888…».

Dejó de leer el notario. Moore estudió a la viuda, muy atento. También McLower, alzando sus ojos del documento que acababa de recitar. Hendrick dio unos pasos, para estudiar más de cerca a Selena Rhodes.

—¿Y bien, señora Rhodes? —preguntó roncamente el notario.

—¡Nunca! —gritó ella agudamente. Se volvió hacia el féretro de su difunto esposo. Enarboló los puños, inesperadamente, con auténtica rabia—. ¡Nunca, maldito! ¡No lograrás que bese tus labios en el ataúd, ni siquiera a cambio de toda tu fortuna!

Luego, de no haber estado oportuno el joven Moore, la viuda hubiera ido a parar al suelo, cuando se desplomó sin sentido.

CAPÍTULO III

—¡Puah! —Rezongó el pelirrojo Fitzgerald—. ¡Besar a un muerto al que no se ha querido nunca! Y a un tipo como Rhodes… Yo también renunciaría a la herencia, señor.

Dorian Moore miró sonriente al pintoresco cochero de la funeraria de Bradfield. Le vio ajustar bien el ataúd en el carruaje negro, tirado por cuatro caballos enjaezados de negro.

—Esa mujer soportó lo indecible por obtener algo de Rhodes —comentó el joven policía, sacudiendo la cabeza—. No creo que sea inteligente por su parte tirarlo todo por la borda ahora… sólo por evitarse cinco segundos ingratos. Además…, parece muy preocupada siempre por lo que dirán los demás. Me imagino el criterio popular, sobre todo sabiendo que su marido fue asesinado. No dudarán en señalarla a ella como la asesina.

—¿Usted cree, constable? —dudó el pelirrojo—. Si renuncia a todo, es la mayor prueba de que es inocente. Una mujer capaz de envenenar a su marido y desarreglar el eje y la rueda de su calesín, es capaz también de besar su cadáver durante una hora, si es preciso. Eso no encaja con la teoría de que pueda ser la asesina.

—En cierto modo, Fitzgerald, usted tiene razón… —Moore le contempló, sorprendido—. No le falta lógica, la verdad. Por otro lado…, es una condición ridícula.

—Cruel, diría yo.

—¿Cruel?

—Oh, por Dios. Un tipo como Rhodes… No pudo haber mujer que le amara lo bastante para besar su sucia boca, ni por un millón de libras. Era un canalla. Recuerde lo de la señora Bingham.

—¿Usted también cree que ella fue asesinada? —se sorprendió Moore.

—No lo dude —el cochero se frotó el mentón, con su aire de

cazurro pueblerino—. Rhodes no perdonaba una humillación. La mató, seguro. Como que ahora está usted aquí, Moore.

—Yo no puedo estar tan convencido. Me baso en simples evidencias, Fitzgerald. Hasta ahora, no tengo más que rumores, insinuaciones, comadreos de pueblo. Con eso, no se puede acusar a nadie seriamente.

—¿Qué puede importarle ya a Rhodes lo que ocurra? —Protestó el cochero, encogiéndose de hombros—. Si se probara que mató a la señora Bingham, ¿cambiaría eso las cosas? Él está ya fuera de la humana justicia, señor. Sólo puede ser sepultado en su cripta. Es el único final posible para Howard Rhodes. El hecho de ser culpable o inocente no puede alterar esa última ceremonia.

—Cierto. Pero ahora no busco las culpas de Rhodes para echarlas encima de él, sino como el posible motivo de su muerte…, si no fue su esposa quien le mató por esa sustanciosa herencia.

El cochero puso un gesto dubitativo, mientras terminaba de preparar su carruaje negro, los airosos penachos de los mulos, las gualdrapas de color negro y violeta, y todos y cada uno de los detalles de su vehículo, que parecía mimar como si fuese la carroza de una boda o el coche de una gran ceremonia brillante. Moore se dijo que aquel hombre parecía gozar con su fúnebre cometido, y con todo lo que a él se refería.

—¿Quién podría haber cometido ese crimen, según usted? —quiso saber Fitzgerald, con tono escéptico.

—Varias personas en Bradfield. Por ejemplo, Rebeca Floyd, que fue criada de los Bingham y amaba profundamente a sus amos. En especial, a la señora Bingham, no sé si maternalmente o porque sea una mujer un poco… dudosa. ¿No ha observado sus ademanes varoniles?

—Claro, constable. —Fitzgerald se echó a reír—. Rebeca Floyd podría impresionar a un arriero, si se lo propusiese. ¿Y quién más?

—El farmacéutico Harvey.

—¿Por qué él?

—Tiene los medios a su alcance: el veneno. Y un motivo, quizá remoto: estuvo enamorado de la señora Bingham… cuando ella era soltera.

—Mucha gente estuvo enamorada en este pueblo de Susan Nesbitt… —Marius Fitzgerald se rascó las pobladas patillas—. Era

su nombre de soltera, constable.

—Usted nunca olvida nada, Fitzgerald.

—Nada, señor. He nacido aquí, y aquí he conocido a mucha gente. Además, cuando ella era soltera, yo trabajaba de mozo precisamente con el farmacéutico, el señor Harvey, en su botica. Recuerdo muy bien cómo la seguía con la mirada al pasar, cómo la atendía, cómo suspiraba por ella… Sí, estaba perdidamente enamorado de la joven Susan Nesbitt. Ella era hermosísima… Pero no creo que el señor Harvey sea la clase de persona capaz de… de matar por amor. Ni siquiera por odio.

—También Rebeca Floyd sirve ahora de mujer de limpieza en la farmacia.

—Ya. Son sus dos sospechosos, ¿no, señor? ¿Y no se le ha ocurrido pensar en Saúl Hendrick, el socio de Rhodes en eso de las inmobiliarias?

—También, sí —admitió el joven policía, ceñudo—. Pero tiene bastante dinero con su destilería de licor para no necesitar mancharse de sangre en un hecho así…

—Esas cosas nunca se saben. Pero Hendrick no me gusta demasiado, constable.

—No. A mí tampoco… —Tuvo que convenir Moore. Contempló a Fitzgerald mientras terminaba su tarea, sonrió, y se encaminó a la salida del corralón donde el conductor funerario guardaba su carruaje y sus arreos y adornos habituales para los entierros—. Bien, amigo. Nos veremos más tarde, en el cementerio.

—¿Va a asistir al entierro?

—No me perdería el beso de la viuda a su difunto esposo por nada de este mundo, amigo mío…

* * *

No era sólo Dorian Moore, como representante de la ley en Bradfield, quien no quiso perderse el beso de la viuda Rhodes al cadáver.

La noticia había corrido en menos de cuatro horas, como un auténtico reguero de pólvora, por toda la población. La gente se hacinaba en grupos, en el neblinoso cementerio de la pequeña ciudad de Bradfield —la ofensa para ellos era muy grave si alguien olvidaba que era una «ciudad», oficialmente, y la llamaba

despectivamente «pueblo»—, a la espera del oficio fúnebre que pondría rúbrica final a la dramática muerte de Howard Rhodes.

Moore contempló a los grupitos de chismosas por un lado, a los ciudadanos desocupados por otro y, finalmente, al más reducido, formado por el notario McLower, Saúl Hendrick y la viuda Rhodes…, junto a la puerta de hierro claveteado del panteón familiar.

Era un atardecer tristón, frío y húmedo. La niebla se enroscaba en torno a los pies y tobillos, como jirones de vapor fantasmal, como un vaho maléfico surgido de las tumbas, de las lápidas y cruces que salpicaban el camposanto de blancas manchas marmóreas.

La puerta del cementerio nunca había cerrado bien. Ahora, al permanecer abierta, a la espera de la llegada del carruaje fúnebre de Fitzgerald, el hierro enmohecido se movía con el aire bochornoso, chirriando como podrían hacerlo los huesos de un esqueleto en movimiento.

El notario estaba allí para cumplir su deber de levantar acta del único hecho que el difunto ponía como indispensable condición para obtener su herencia. Hendrick parecía algo humanizado, y hasta trataba de confortar a la viuda para que pasara el mal rato previsto. Hablaba con ella, y Moore observó que en dos ocasiones la tomó por el brazo, casi con afecto.

Inmediatamente, torvos cuchicheos se desencadenaron, allá en la penumbra, entre las comadres implacables de Bradfield. Moore sintió aletear por un momento, como un negro murciélago en las sombras, una duda dentro de su cerebro.

¿Estarían confabulados Hendrick y Selena para la muerte de Rhodes, repartiendo luego su herencia… y quién sabe si sus mutuos afectos?

«Eres muy mal pensado, Dorian Moore —se reprochó a sí mismo, con una sacudida de cabeza—. No debes dejar que la maledicencia popular de este sitio influya en tus opiniones…».

Giró la cabeza. El chirrido de las puertas había sido ahora tan brusco, que todos se vieron obligados a mirar a la entrada del camposanto.

Era Fitzgerald. Con su flamante carruaje negro, suntuoso y siniestro a la vez. Sobre su plataforma posterior, entre coronas de

flores mortuorias, el féretro negro, de caoba lujosa, con adornos de plata maciza.

Dentro, el cadáver.

El cadáver de Howard Rhodes, el hombre más rico de Bradfield. Muerto en un accidente provocado. Con veneno en sus vísceras. Asesinado por alguien.

Alguien que, tal vez, estaba también ahora allí, en aquel cementerio, en la fúnebre ceremonia, comprobando cómo era sepultada para siempre su víctima.

Moore estudió uno por uno a los presentes que le eran particularmente conocidos, y que atraían muy en especial su atención. No faltaba nadie: Hazel Carter, la fondista, junto al doctor Dennis Mitchell. Algo más allá, Rebeca Floyd, la hombruna mujer de servicio, que fuera criada de los Bingham… El boticario, John Harvey…

Sí. Estaban todos, delante de la cripta de los Rhodes. Fitzgerald detuvo su carruaje junto ante el costoso panteón de piedra, rematado en una cruz. Abajo, a través de la puerta abierta de la cripta, era visible el bailoteo amarillento de las luces de velas encendidas para el funeral. Un olor a sebo caliente brotaba del recinto funerario, mezclándose con los aromas a tierra húmeda, a cementerio, a niebla y a temor.

Porque Moore estaba seguro, a veces, de que el miedo también despedía un peculiar hedor. Se podía intuir, respirar, olfatear el miedo en los demás. Lo que ignoraba es si el miedo lo producía el simple lugar, el escenario, las circunstancias… o la existencia de un asesino entre los presentes.

—Señora Rhodes —preguntó en voz alta el notario, tras uno de sus inevitables carraspeos—. ¿Podemos proceder a la apertura del féretro, antes de ser sepultado cristianamente?

Ella se tambaleó ligeramente, pálida y demudada cual si fuese ella quien iba a ocupar un hueco en la cripta. Hendrick fue en su ayuda, sujetándole el brazo con energía.

—Sí… por favor —y apenas si su hilo de voz fue audible en el cementerio.

Las comadres se apiñaron aún más. Pero contenían el aliento. No hablaban. Moore dio unos pasos hacia el punto exacto del hecho. Una lámpara de petróleo fue alzada por el notario, para dar mayor

luz a la escena. La niebla era tan espesa, que la claridad de la tarde era casi nula en esos momentos. En el amasijo gris y frío, sólo se recortaban las figuras de las personas y del panteón, como un aguafuerte extraño e inquietante, creado por un pintor loco.

El bailoteante farol fue colgado de un saliente de hierro de la pared del panteón. Su movimiento se hizo menos acentuado, pero el aire gélido lo hacía oscilar un poco. Era curioso, pensó Moore. Pero su juego de luz y sombra sobre el rostro feo e ingrato del difunto daba a éste, a veces, una apariencia de vida, como si moviera los músculos helados de su rostro. Moore hubiera jurado que la luz dibujaba a veces como una mueca sarcástica y cruel en los labios apaciblemente cerrados ahora, con un amarillo estremecedor, que se extendía por todo el resto de la afilada faz.

—Señora Rhodes, cuando usted desee —dijo roncamente el notario, tragando saliva. Extrajo su pesado reloj de bolsillo, de plata maciza, y alzó su tapa, consultándolo—. Serán sólo cinco segundos… Perdone el rigor, pero forma parte de mi obligación, señora.

—Sí, por supuesto —murmuró Selena—. Cinco segundos, Dios mío… Una eternidad.

Moore miró de soslayo a los presentes, buscando en ellos un aire de emoción ante el cadáver destapado con fría indiferencia por Fitzgerald, veterano en tales menesteres. No descubrió sino miedo, aversión o repugnancia. Y curiosidad. Mucha curiosidad.

Selena se estremeció al llegar ante el féretro. Miró a su difunto esposo. Cerró sus ojos un momento. Hendrick trató de ayudarla. Ella retiró su brazo, casi airada.

—No, por favor… —pidió secamente—. Debo hacerlo yo sola. Yo sola…, aunque me repugne contemplar su cuerpo, su rostro… Aunque las náuseas me hagan vomitar…

Esta vez sí hubo un murmullo de desaprobación en las comadres. Para ellas, besar a un difunto, a un ser querido, era demasiado sagrado para comentarlo así. Moore ni siquiera sonrió. El clima de la alucinante escena había logrado ganarle finalmente. Estaba algo sobrecogido, lo admitía.

Selena Rhodes se puso de rodillas junto al féretro. Se inclinó. Vaciló ostensiblemente, con una sacudida espasmódica de su cuerpo. Estaba tan pálida como el muerto. Luego, con una súbita

decisión, bajó la cabeza, se agachó encima del ataúd y su fúnebre carga…

En el silencio que se produjo, sólo dos sonidos fueron audibles: el chirrido de la puerta enmohecida del cementerio…, y la cuenta imperturbable del notario McLower:

—Uno…, dos…, tres…

Moore tragó saliva. Contemplaba aquel beso en los labios yertos de Rhodes. Se imaginaba a Selena, odiando a su esposo, sintiendo repugnancia por él… y cumpliendo ahora aquel trámite inexcusable.

—Cuatro…, cinco… ¡Ya, señora Rhodes! —Exclamó, cerrando de golpe su reloj—. ¡La última voluntad del difunto se ha cumplido!

Era cierto. Selena Rhodes se incorporó, tras dejar de besar la boca de su difunto esposo. A Moore le estremeció su aspecto. Sin saber por qué, se adelantó presurosamente hacia ella.

Llegó tarde.

La señora Rhodes cayó pesadamente en tierra, junto al féretro.

Y Moore supo que estaba muerta.

* * *

—¡Muerta! ¡Imposible, constable!

Dorian Moore respiró hondo. Deslizó la sábana sobre el cuerpo, en el depósito del cementerio. A su lado, el doctor Mitchell corroboró, moviendo la cabeza:

—Muerta, sí. Instantáneamente, de un modo súbito.

—Ya estaba muerta cuando la recogimos del suelo, señor Hendrick —añadió Moore, sombrío.

Las luces prestaban al local desnudo, de paredes vacías y lóbrega soledad, con sus bancos en hilera, para menesteres como el actual, un aire siniestro, estremecedor. Era un simple rectángulo de muros de piedra, donde se guardaban indistintamente herramientas del sepulturero, féretros vacíos, restos de algunas tumbas ya vaciadas…, y muertos que debían esperar alguna diligencia judicial por cualquier razón.

Saúl Hendrick contempló con profundo pesar el cuerpo rígido de la enlutada y hermosa viuda. Estrujóse sus huesudas manos velludas con disgusto.

—Cielos, ¿qué pudo ocurrirle? ¿Un colapso, doctor?

—Evidentemente —suspiró el forense—. De todos modos, hay que hacerle la autopsia, señor.

—¿Autopsia? ¿Por un simple colapso? —Rugió Hendrick—. ¿A qué viene eso?

—Lo siento, pero es la ley —terció Moore fríamente—. Es posible que el corazón le haya fallado accidentalmente, a causa de la dura prueba a que fue sometida por su esposo. Pero de todas formas, señor Hendrick, al no poder certificar el doctor su muerte con total conocimiento de causa, la ley exige que se confirmen las causas de su muerte. Lo lamento muy de veras. Este asunto está lleno de factores muy poco agradables para todos…

—Fue la venganza del muerto… —susurró Hendrick, furioso—. ¡No quiso que su joven esposa le sobreviviera! ¡Sabía cuánto le odiaba, y estuvo seguro de que, obligándola a besar sus labios durante ese tiempo, ella enloquecería… o su corazón la traicionaría, como así ha sucedido!

—Es posible, señor Hendrick, que el culpable directo de esa muerte nunca pueda ser conducido ante los tribunales, puesto que estoy de acuerdo con usted en que, de un modo u otro, esa horrible ceremonia fue la que provocó su muerte. Pero en estos casos es cuando nos queda como único consuelo confiar en Dios… y esperar su divina justicia sobre aquellos que van a Su presencia.

—Sí, Moore. Pero yo hubiera preferido que pagase antes en este mundo por sus vilezas.

—Yo también, Hendrick, yo también —resopló Moore—. De todos modos, no olvide que él fue asesinado, a su vez, por alguien. Es una cadena de extraños acontecimientos, ¿no le parece?

—Si —convino Saúl Hendrick, fija su mirada en el cadáver de la joven esposa—. Muy extraños, a decir verdad… Pobre Selena… No deje de decirme qué fue lo que realmente la mató…

* * *

—Veneno, Moore.

—¿Veneno? —Dorian pegó un respingo, mirando estupefacto al médico forense. De sus manos se desprendieron numerosos expedientes que estaba ordenando en su pequeña oficina de Bradfield—. ¿Qué está diciendo, doctor?

—Lo que ha oído. El veneno mató a Selena Rhodes.

—Pero… ¿qué veneno? —aulló Moore, perplejo—. ¿Cómo se lo administraron?

—Del modo más terrible, cruel e ingenioso que jamás pude imaginar… —Mitchell sacudió la cabeza. Parecía realmente aturdido, escandalizado por algo—. Apenas lo comprobé, no pude dar crédito a mis ojos. Hice exhumar el cuerpo de Rhodes, con la asistencia del juez Talbot, mientras usted estaba ausente de Bradfield todo el día, con ese asunto de la granja robada…

—Usted…, ¡usted hizo exhumar un cadáver! —balbuceó Moore, estupefacto—. Cielos, doctor, ¿pero qué está ocurriendo aquí? ¿Qué ha sucedido, en sólo unas pocas horas que estuve ausente de mi ciudad?

—Lamento haberme adjudicado unas atribuciones excesivas en su ausencia, pero me urgía comprobar algo, antes de que la prueba fuese mucho más problemática. Por eso examiné al difunto Howard Rhodes… Fui un estúpido, pero ¿quién podía imaginarse algo así? En una autopsia, uno lo examina todo…, menos los labios del difunto.

—¿Los labios? —Repitió Dorian Moore, casi deletreando la frase, fija su atónita mirada en el médico—. ¿Adónde va a parar, doctor Mitchell?

—A esto, Moore: Los labios del difunto estaban impregnados de un veneno especial, epidérmico, que a él no podía afectarle, por estar aplicado sobre la base de una grasa determinada, que hacía imposible su filtración por los poros. Pero otra boca, que estuviera en contacto sólo cuatro o cinco segundos con aquélla…, inexorablemente encontraría la muerte por transmisión de un veneno vegetal tan potente, que llegaría al corazón, causando su colapso en menos de dos segundos.

—Pero…, pero eso da la impresión de que… de que todo estuviera planeado…, ¡por el propio difunto! —Se horrorizó Moore.

—Exactamente, amigo mío —suspiró el médico. Le tendió algo, con gesto grave—. Tome. Esto me lo ha facilitado el notario McLower. Lo recibió hoy, con la consigna en el sobre de ser abierto «sólo en caso de fallecer la señora Rhodes». Es letra de Howard Rhodes, y la carta estaba depositada en Correos, para entrega a fecha fija: el día de hoy…

Moore, alucinado, tomó el papel. Le temblaba la mano al abrirlo

y leer:

«Señor McLower: Cuando lea esto, Selena habrá muerto. Quizá sea mejor que sepan que su asesino soy yo. Ella va a matarme, lo presiento. Una mujer que sabe leer el porvenir me ha pronosticado mi muerte para estos días. Quiero creer en ella, porque no es una charlatana, sino una auténtica conocedora de los secretos que el hombre no puede dominar. Por eso recurro al viejo veneno que me proporcionó un repugnante nativo, en las colonias, por sólo un puñado de libras… Es capaz de matar en pocos segundos, con un simple beso. "El veneno del amor", le llamaban esos nativos, allá en las junglas…

»Sí. Yo me vengaré. Mataré a mi esposa… después de muerto. Será una hermosa venganza.

»Howard Rhodes».

El papel, cayó de la mano de Moore.

BREVE INTERLUDIO EN UN MUSEO DE LONDRES

—Increíble… —murmuró el capitán James Flaherty, de la policía norteamericana, contemplando el carruaje fúnebre con aire pensativo—. Realmente increíble la historia, inspector Moore…

—A mi me lo resultó entonces —asintió Dorian, reflexivo—. Pero lo cierto es que se comprobó todo lo que afirmaba Rhodes. Era un ser diabólico, no hay duda.

—Sin embargo…, sin embargo, usted me ha hablado de varios crímenes, de un caso difícil de resolver… Y supongo que en esos crímenes hubo diferentes culpables: Rhodes mató a la señora Bingham, la señora Rhodes mató al esposo… y éste, una vez muerto, eliminó a su viuda. Fantástico, pero comprobado ya.

—Exacto, capitán.

—Pero, entonces…, ¿no habló usted de tres historias aparentemente sin conexión? ¿De varios crímenes inexplicables…?

—Sí, capitán. La historia no termina ahí. Ésa fue solamente… la primera parte, en un drama que tendría tres actos, como las grandes tragedias shakesperianas.

—El primer acto… —Pestañeó, incrédulo, el policía americano—. ¿Hubo alguno más? ¿Dónde pudo tener continuidad la muerte de la señora Rhodes y la venganza de ultratumba de su desagradable esposo?

—A eso voy, capitán Flaherty. Para mí, aquello tenía un solo eslabón de continuidad. Algo que quería conocer: la identidad de la mujer que leyó el porvenir a Rhodes. La pitonisa o bruja que le anticipó el hecho de su muerte, obligándole a pensar en su diabólica idea vengativa…

—¿Y la buscó?

—La busqué, capitán. Al encontrarla en Bradfield es cuando estuve más seguro de que algo particularmente extraño y siniestro

sucedía. Algo que no podía terminar, forzosamente, con la muerte de Selena Rhodes…

—¿Por qué estuvo tan seguro, Moore? —El capitán neoyorquino parecía fascinado por la historia, entre las penumbras del Museo del Crimen de Scotland Yard.

—Porque cuando encontré a esa mujer, adivinadora del porvenir, hechicera y súcuba, según la gente…, ella estaba muerta también. Muerta violentamente. Asesinada, capitán… Y aquí es donde entró un nuevo personaje en la historia: una joven escritora londinense, arribada a Bradfield en busca de una buena historia para sus escritos…

Segundo viaje al cementerio

EL PANTEÓN

CAPÍTULO PRIMERO

—Perdone, señorita. ¿Cuál ha dicho que es su nombre…?

—Keeler. Gladys Keeler, exactamente —explicó la recién llegada, con una sonrisa.

—Muy bien —aprobó Hazel Carter, la fondista de Bradfield—. Si quiere rellenar el libro, por favor, le daré mi mejor habitación, señorita Keeler. Y bien venida a Bradfield.

—Muy amable. Espero que, realmente, sea así, señora.

—Señorita —rectificó, sonriente, la fondista—. Señorita Carter, a su servicio. Soy la dueña de esto.

—Es un placer conocerla —sonrió la visitante, escribiendo con agilidad su nombre y lugar de origen en el libro-registro. Luego, dejó la pluma en el tintero de descolorida tinta, y estudió a su interlocutora atentamente—. ¿Puede decirme algo sobre la venganza de ultratumba?

—La… ¿qué? —preguntó Hazel, aturdida.

—Bueno, me refiero al crimen. El de la señora Rhodes, una vez muerto su marido…

—Oh, eso… —suspiró la dueña de la fonda, con un gesto ambiguo e incómodo—. Es una triste historia. ¿Acaso es usted una turista que desea conocer lo que ocurrió realmente en el cementerio de Bradfield aquel horrible día, al caer la noche?

—Algo más que eso —la sonrisa de la viajera se hizo más amplia y cordial—. Soy escritora, señorita Carter.

—¿Escritora? —Enarcó sus cejas con asombro Hazel Carter; después de todo, Bradfield era un pueblo, dijera lo que dijera su gente. Y allí no sabían de mujeres ocupadas en escribir—. ¿Escritora de qué?

—Bueno, de todo: libros, artículos, crónicas en los periódicos y publicaciones… —Se encogió de hombros la joven viajera—. Soy

periodista y escribo libros sobre temas reales. Es mi profesión.

—Vaya… —Hazel Carter la contempló asombrada—. Creí que ésa era una ocupación de hombres, señorita Keeler.

—Lo ha sido casi siempre, Pero los tiempos cambian. Yo tengo un nombre en Londres con ese trabajo. Voy a donde hay noticias. He sabido lo que sucedió aquí con Selena Rhodes, tras la muerte de su esposo. Es noticia, no le quepa duda. Y quiero llegar más al fondo, si ello es posible. Me pagan varias publicaciones de la capital.

—Sí, ya veo… —Perpleja, Hazel se encogió de hombros—. ¿Y qué quiere saber? Creo que los periódicos lo han publicado todo. Incluso el semanario de Coventry, lo leí el otro día y…

—Ningún periódico dice siempre toda la verdad. Yo busco algo más allá de la propia verdad…

—No creo que encuentre nada especial, se lo aseguro. Yo leí ese periódico. Y era justamente lo que sucedió, lo que yo vi sobre el propio terreno del cementerio, señorita Keeler.

—De modo que usted fue testigo directo…

—Yo, y otras personas del lugar —asintió Hazel Carter—. ¿De verdad le interesa lo que pasó allí esa tarde?

—Sí. Y muchos.

—Fue horrible, créame. Como una maldición, saliendo del féretro, de la cripta…

—Sí, sé todo eso. Yo no le llamaría maldición, sino simplemente venganza de un hombre frío y astuto como pocos…, que disfrutó con el dolor y la muerte de los demás.

—Estamos de acuerdo, señorita, sea usted quien sea.

La viajera se volvió, algo sobresaltada. Se encontró con el hombre alto, desgarbado, vestido con negro macferlán, muy pelirrojo, de frondosas patillas. Había entrado en la fonda, arrastrando consigo un ramalazo de viento frío, de llovizna helada. Afuera, fue visible la bruma espesa y agobiante, hasta que la puerta se volvió a cerrar, con un seco golpe de pestillo.

—Oh, me asustó usted… —dijo Gladys Keeler, con cierto alivio —. No le oí entrar…

—Es Fitzgerald, nuestro empleado de la funeraria —suspiró Hazel—. El condujo el cadáver del señor Rhodes al cementerio. Estaba muy cerca cuando la señora Rhodes besó a su esposo y

murió envenenada…

—Ya. —Gladys se aproximó al alto pelirrojo, que la miró con una leve sonrisa cortés—. ¿Está usted de acuerdo, según dijo, en que Howard Rhodes era un monstruo de maldad?

—Me temo que totalmente —asintió la cabeza pelirroja de Fitzgerald. Tenía sus mejillas muy coloreadas, no se sabía si por el frío o por el alcohol—. Lástima que nadie pueda hacerle pagar por la muerte de su pobre esposa…

—A los muertos, sólo les puede juzgar Dios —sentenció Hazel Carter, fervorosa.

—Según el periódico, hubo alguien que tuvo una razón indirecta para provocar esa nueva tragedia —sugirió vivamente aquella joven de cabellos color caoba, mirada azul oscuro y expresión afable, pero aguda y llena de astucia. Su esbelta figura dio unos pasos hacia el cochero de la empresa funeraria local—. ¿Sabe usted quién?

—Pues no, creo que no —confesó Fitzgerald, aturdido. Su aliento despidió un fuerte hedor a ginebra—. ¿La hubo, realmente?

—Sí —afirmó, rotunda, la joven escritora recién llegada a Bradfield—. Una adivina, una pitonisa o algo así. Fue la que descubrió a Howard Rhodes la posibilidad de su muerte inmediata… Acertó, eso es cierto. Pero ¿acertó igualmente Rhodes en su deducción sobre la identidad de su posible asesino…?

—No lo sé, señorita. En todo caso, ése sería otro error a cargar en la cuenta del señor Rhodes…

—O quizá en la de la persona que le presagió su muerte. ¿Saben de alguna adivinadora en esta ciudad?

—Adivinadora, bruja, hechicera… y mucho más —suspiró Hazel Carter a su espalda.

—¿Sí? —Rápida, Gladys se volvió hacia ella—. ¿Quién es?

—Su nombre es Hira Sangsters. O mejor debería decir que era Hira Sangsters…

—¿Era? —Parpadeó Gladys Keeler.

—¿No lo sabe? —Marius Fitzgerald sonrió, moviendo la cabeza cansadamente—. Últimamente estoy teniendo demasiado trabajo, señorita… Mi coche va a llevar esta misma tarde al cementerio a Hira Sangsters… La hermosa bruja ha muerto. Dicen que la asesinaron…

—Una bruja… asesinada…

—Sí. Ella fue la que pronosticó a Rhodes su muerte. No hubo otra persona de su condición en Bradfield. Y menos aún del sexo femenino, como citaba Rhodes en su último mensaje al notario McLower…

—Han hablado de asesinato… ¿En qué se basan para suponer tal cosa, después de lo sucedido con los Rhodes?

—En que Hira Sangsters, la mujer maldita de Bradfield… ha muerto víctima de los propios demonios que ella invocó en vida… —Fue la extraña aplicación de Hazel Carter, persignándose al hablar—. Fueron las fuerzas de las Tinieblas las que le quitaron la vida… Y ahora, señorita Keeler, será mejor que no vaya a su funeral en el cementerio local…

—¿Por qué no? —se sorprendió Gladys, mirando a uno y otro.

La fondista no se atrevió a seguir. Fue Fitzgerald quien habló, como si el tema no le gustara demasiado:

—Porque el reverendo Eider se ha negado a que ella sea sepultada en tierra sagrada, teniendo el panteón que tiene…

—¿Qué panteón tiene?

—Uno…, uno con el Diablo como monumento, sobre la cripta. Pero en su testamento dona una gran suma al Ayuntamiento local…, y el alcalde, Brian Cole, ha decidido que el entierro se celebre, aunque sin ceremonia alguna, casi en forma clandestina, en plena noche…

—Sí, señorita —suspiró Fitzgerald con acento resignado—. Y yo, naturalmente…, soy el encargado de llevar mi carruaje al cementerio, en plena noche, como en secreto, con el cuerpo de esa mujer en su féretro…, quizá con el espíritu de Satán a mi lado en el pescante…, y, desde luego, aunque caigan rayos y truenos…, yo deberé hacer mi habitual viaje al cementerio, con esa mujer que vendió su alma al diablo…

Quizá fue casual. Pero en ese momento, hubo un fulgor súbito afuera, Temblaron los vidrios y muros, cuando restalló un formidable trueno, lo mismo que si hubiera descendido del cielo un aldabonazo de terror y de amenaza…

* * *

—Hira Sangsters… La bruja…

—Sí, la bruja —asintió Dorian Moore lentamente—. La llamaban

así, ¿no es cierto?

—Ya sabe cómo es la gente, constable —el alcalde Brian Cole entornó los ojos, pasándose suavemente los dedos sobre sus blancos cabellos lisos, sobre el rostro moreno y curtido—. Siempre hay supersticiones, se habla de misterios, de cosas sobrenaturales… Personalmente, no creo que ella fuese una endemoniada. Siempre se dicen cosas así, sin ser en absoluto ciertas. Pero ya tenemos un exorcista y todo, para la infortunada Hira Sangsters, que ni siquiera quiso esperar, evidentemente, a que los exorcismos sacaran al diablo de su cuerpo…, si es que alguna vez lo tuvo.

—¿Usted está seguro de lo que dice, señor? —preguntó respetuoso Moore al alcalde de la ciudad de Bradfield.

—¿Cómo no voy a estarlo? Amigo Moore, ¿se ha dado cuenta de que todas las brujas que han sido quemadas a lo largo de los siglos por los inquisidores, eran hermosas y poco escrupulosas? Me pregunto cuántas fueron inmoladas por ello, o por pasión, despecho y celos, y no por razones esotéricas…

—¿Habla así por convicción, alcalde…, o porque Hira Sangsters, La Bruja, como la llaman los ciudadanos de Bradfield, le donó a usted y al Ayuntamiento todos sus bienes, para ser sepultada en un panteón sacrílego y profano?

—¡Moore! —Le miró Cole con disgusto e irritación—. ¿Se ha dado cuenta de que lo que está usted diciendo ahora podría serle muy perjudicial, dado que yo soy la máxima autoridad de Bradfield y usted un simple funcionario de policía local?

Dorian Moore se irguió, con frialdad, clavando sus acerados ojos hostiles en el alcalde de su ciudad. La réplica fue contundente, seca:

—Señor, yo no distingo de autoridades ni jerarquías, salvo de una a la que sirvo con toda mi vocación: la ley…

—La ley… Eso es ambiguo, constable. Usted trabaja como un funcionario de esta ciudad. Sigo estando por encima de usted, no lo olvide.

—Parece que no va dejarme usted otra alternativa que decirle a todo que sí —habló Moore secamente—. Y eso iría contra todo lo que yo respeto y acepto, señor. Dependo de la policía inglesa. Sólo de ella. De todos modos, al margen de su criterio, no creo en brujas. Pero considero de mal gusto permitir que un panteón con un demonio como símbolo ocupe un lugar en nuestro cementerio.

—¿Teme al diablo acaso? —bromeó cínicamente el alcalde.

—No. No temo a nadie, señor. Sólo hablaba en el sentido puramente estético de las cosas. No me gusta ver una imagen en mármol del diablo, entre cruces y gentes sencillas que creen en el bien y en la paz espiritual de los difuntos.

—¡Bah, tonterías! —Se echó a reír estrepitosamente el alcalde—. ¿Acaso cree usted que no va a reposar tranquila en su tumba Hira Sangsters… o que saldrá convertida en un vampiro durante las noches de luna llena?

—Yo no creo en vampiros ni en muertos-vivientes —cortó glacialmente Moore—. Lo que creo es que esa mujer sabía demasiado. Y alguien la asesinó.

—¿Qué quiere decir con eso de que «sabía demasiado»?

—Ella ha muerto asesinada. También Rhodes. Y su esposa. Y posiblemente la señora Bingham, previamente a este drama. Son demasiadas muertes violentas e inexplicables. Me resulta excesivamente fácil esa historia de que Rhodes mató a *lady* Bingham, la señora Rhodes a su esposo…, y éste a su esposa, después de muerto, siguiendo su diabólico plan.

—¿Va a dudar del notario McLower, de la carta de un hombre ya muerto?

—No dudo de eso. Dudo de que todo sea como dicen. Algo falla, algo no es como dicen.

—¿Qué, exactamente? —Se irritó el alcalde, poniéndose en pie violento.

—Si lo supiera, señor…, no estaría aquí discutiéndolo con usted. Estoy buscando un eslabón perdido, algo que presiento que se me va de las manos cada vez que lo tengo cerca. Pero, desde luego, si alguien asesinó a esa mujer, fuese hechicera, adivina, bruja o lo que quieran llamarla…, ese alguien no era el diablo, se lo puedo asegurar.

—Constable Moore, su misión es averiguar quién mató a esa mujer, sea quien sea. Es su tarea, recuérdelo.

—Lo recuerdo muy bien, alcalde. Y es lo que estoy haciendo. O intentando hacerlo. Pero, de todos modos, no me gusta ese entierro de hoy.

—¿Qué cree? ¿Que no debería celebrarse, sólo porque dicen que es una mujer maldita?

—Mujer maldita… —susurró amargamente Moore—. Yo no creo en esas cosas, señor. Lo peor es que existe un criminal. Y creo que debe ser totalmente real, no un fantasma ni un siervo del diablo.

—Un criminal… Pero ¿cómo cree usted que sucedió? ¿Por qué supone que lo hicieron?

—Un crimen, nunca se sabe por qué se comete…, hasta que ese crimen es descubierto en su totalidad, incluidos, autor y razones. Ése no es el caso actual. De modo que… esperaré a saber estos datos para conocer la verdad. Pero lo cierto es que una mujer joven, hermosa, incluso deseada…, ha muerto violentamente. Asesinada.

—¿Qué tiene que ver eso de su hermosura, de su posible condición de deseada, para hablar del caso en sí? —Se molestó el alcalde.

—Sencillamente, señor Cole: porque Hira Sangsters fue acosada muchas veces por hombres poco escrupulosos de Bradfield. Y uno de ellos, según murmuraciones muy acentuadas en la población…, fue usted, alcalde Cole.

CAPÍTULO II

Hira Sangsters tenía un aspecto majestuoso.

Era muy diferente a la fealdad de Howard Rhodes. Precisamente la antítesis. Hira había sido siempre hermosa. Increíblemente hermosa, aunque de una belleza extraña, casi cruel en sus rasgos duros y fríos. Ahora, la muerte había acentuado esa belleza singular, pese a su piel de color de cera.

Reposaba en un ataúd sobre forro de seda negra. Sin cruces sobre la madera lustrosa. Sin cruces en ninguna parte. La propia tonalidad enlutada de los forros del féretro era insólita. Fitzgerald se había justificado en ese sentido con cierto enfado:

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no elegí esos colores! ¡Fue cosa de ella, bien lo saben! ¡No quería nada blanco, nada puro ni limpio! ¡Decía que Satanás quería solamente los colores de su preferencia! Y eso es lo que hemos hecho, a la vista de sus últimos deseos…

Entonces supo Moore que existían unos «últimos deseos» de Hira Sangsters. Clavó sus ojos en los pocos presentes en la cámara ardiente de La Bruja, o «la mujer maldita», como la llamaban los ciudadanos de Bradfield. Eran tan sólo él, Fitzgerald como empleado de la empresa de pompas fúnebres, el alcalde Cole y un extraño hombrecillo, encogido allá al fondo de la sala, como pasivo testigo de lo que estaba sucediendo en la cámara.

No le conocía, pero tenía una vaga idea sobre su rostro. Algo le decía que la razón de su presencia allí no estaba demasiado clara. Pero también que ese rostro le era particularmente ingrato. No le era simpático, en suma.

—¿Quién es? —preguntó secamente a Fitzgerald.

El cochero funerario miró atrás. Observó al hombre a quien él se refería. Y dio su respuesta en tono hosco:

—Oh, ése… Es el exorcista.

—¿Qué?

—Es Gordon Wax. El hombre que pretendió exorcizar a Hira Sangsters… El exorcista oficial de Bradfield en casos de satanismo y cosas parecidas…

—Yo diría otra cosa —refunfuñó secamente Moore—. Un día le multé y encarcelé… ¿Sabe por qué? Por encontrarlo en un parque público de Bradfield…, con la propia Hira Sangsters, La Bruja…

* * *

Esta vez, nada había sucedido en el funeral. Hira Sangsters fue sepultada sin problemas en su ataúd de clase vulgar, pero forrado de negro, como ella pidiera en vida. No hubo manifestaciones diabólicas. Ni invocaciones demoníacas. Ni siquiera factores fantásticos o extraños. Sencillamente…, no sucedió nada. Absolutamente nada. Todo continuó igual en el cementerio. Y en Bradfield.

El aislado, extraño panteón de figura demoníaca en su cúpula, se cerró tras el cuerpo de Hira, metido en su féretro. Allí terminó el funeral.

Muy pocas personas asistieron al mismo. Solamente el alcalde Cole, en nombre del municipio. Y Fitzgerald con su carruaje negro. Y Dorian Moore, policía de Bradfield. Y, naturalmente…, el exorcista Gordon Wax.

Se acercó a él cuando hubo terminado todo el protocolo habitual. Wax pareció a punto de escabullirse como una rata asustada. Pero Moore conocía esas cosas. Se cruzó en su camino. Le frenó. O tal vez el otro cambió de modo de pensar.

—¿Qué quiere, constable? —murmuró—. Le he notado ya antes. Me vigilaba.

—Sí, le vigilaba. Le vigilo desde que murió Hira. ¿Es usted, realmente, un exorcista?

—Lo he sido en muchos sitios —tragó saliva Wax, antes de continuar—: Comprenda, constable. Mucha gente me pidió que combatiera al diablo en Bradfield. Y, según ellos…, el diablo estaba en el cuerpo de Hira Sangsters.

—Ya. El diablo, evidentemente, tiene buenos gustos. Era un hermoso cuerpo.

—Y un hermoso rostro. El diablo siempre sabe lo que elige. La

envoltura no cuenta.

—Lo que quisiera saber es si logró sacar de su cuerpo ese diablo… Es su trabajo, ¿no?

—Eso requiere tiempo. Uno nunca está seguro de cosas así… Es posible que lo lograra. O es posible que no. No hubo tiempo de confirmarlo. Ella murió…

—Sí. —Moore le miró fijamente—. Ella murió. De una cuchillada en su corazón. Sobre la herida había un signo raro, dibujado en rojo. Dicen que era el signo de Satanás…

—Oh, esas tonterías… —El exorcista Wax sacudió la cabeza, malhumorado—. Vi el dibujo. Era tosco. Con pintura roja, sobre la herida. Pudo hacerlo cualquiera. No creo que fuese el propio Satanás quien lo hiciera.

Pero, ciertamente, eso nada significa. Ella vivió bajo el signo del Mal. Y con él ha muerto.

—Para usted…, ¿cuál es el signo del Mal?

—El que apareció trazado en su pecho, sobre el pectoral izquierdo… Una estrella dentro de un círculo. Cinco puntas agudas de la estrella. Símbolo del Diablo, tal como se dibujó allí… Sí. Ella era una bruja. Una posesa. Estaba entregada al culto nefasto a Lucifer, constable Moore.

—Se supone que usted es un exorcista. ¿Por qué no hizo nada en su beneficio?

—Lo intenté. Pero su fuerza era muy grande. Creo…, creo que sigue siéndolo.

—¿Ahora? —Dudó Moore—. ¿Después de muerta?

—La muerte significa poco para una endemoniada. Vida y muerte forman parte de su estado total de entrega a Satán, señor…

—No es su alma lo que me preocupa ahora. No soy sacerdote, sino policía. Lo que me gustaría saber es… qué clase de mal afectó a su cuerpo y no a su alma…

—Los males afectan siempre al alma, cuando son obra del diablo. Al cuerpo, sólo los propios hombres pueden dañarlo…

—Es posible, pero no tengo nada contra el alma de Hira Sangsters. Es su herida mortal la que me preocupa. Yo no creo en signos diabólicos sobre un cuerpo humano, si no han sido hechos previamente por una mano completa humana, igual que la que acuchilló a la víctima. ¿Qué me dice a eso un exorcista como usted?

Gordon Wax respiró hondo, evitando la mirada del constable Moore. Tras un silencio prolongado, se atrevió a manifestar con voz ronca:

—El cuchillo lo mueve siempre una mano humana, señor Moore… Pero ¿quién controló la mente que dispuso el golpe? ¿El propio hombre…, o la sombra de Satanás?

Moore estudió en silencio al exorcista oficial de Bradfield. Tras un silencio, sacudió la cabeza, dio media vuelta y manifestó con voz ahogada:

—Tengo una respuesta para esa pregunta, señor Wax. Pero quizá a usted no le convencería en absoluto… —Llegó a la salida del cementerio, donde chirriaban las puertas de hierro lastimosamente, movidas ahora por una brisa húmeda y fría. Todavía de espaldas, manifestó con voz ronca—: Después de todo, yo no creo en los demonios. Nunca he creído en ellos…, relacionados con los seres humanos. De modo que mi respuesta, no está en absoluto de acuerdo con sus teorías sobre la muerte de Hira Sangsters…, y sobre lo que ahora puede suceder en el sepulcro de esa mujer…

Tras una ojeada de soslayo a la sombra del demonio de piedra, cincelado sobre el panteón blasfemo de la hermosa mujer bruja de Bradfield, el joven Moore abandonó el cementerio.

* * *

—De modo que usted es una periodista de Londres…

—No. Soy algo más que eso —manifestó secamente ella—. Soy escritora de periódicos y de algunas cosas más, como libros, revistas científicas y todo eso…

—¿Revistas científicas? —dudó Moore, mirándola sorprendido.

—Eso dije. También escribo libros de cierta importancia. Pero imagino que ninguno ha llegado últimamente a Bradfield…

—No. Me temo que no… ¿De qué trataban esos libros, señorita Keeler?

—De sangre. De muerte.

—Sangre…, muerte… —contempló a la muchacha, intrigado—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Justamente lo que he dicho. Escribo sobre… crímenes.

—¡Crímenes! —Dorian Moore clavó sus ojos en la muchacha, pensativamente—. ¿Y por eso ha venido de Londres? ¿Espera,

realmente, que existan esos crímenes aquí, en Bradfield?

—Es que… existen. Yo sé que existen, señor Moore…

El joven constable estudió a su bella interlocutora, tan joven o más que él, y con la desenvoltura y el desparpajo propios de la gran ciudad. Parecía inicialmente admirado por todo ello, pero siempre con su habitual recelo y prevención, que le hacían mantenerse en constante guardia.

—Debo admitir que ha habido en este lugar una rara cadena de sucesos increíbles… —murmuró apagadamente Moore—. Asesinatos, es cierto. Hechos, incluso, que han escapado a nuestro propio control. Pero ya pasaron. ¿Cree que el pasado interesa de verdad a algún ser humano, aunque sea lector de sus crónicas y de sus libros?

—El pasado interesa siempre. A veces, es sólo el simple reflejo de una situación actual o futura. Especialmente, cuando ese futuro cubre la existencia de varios crímenes… ¡De tres crímenes!, cuando menos, diría yo.

—Acertó —dijo Moore, pensativo—. Tenemos tres crímenes oficiales en esta ciudad. De esos tres, sabemos quiénes fueron los autores de dos de ellos. Falta el tercero…

—Usted habla de las muertes del matrimonio Rhodes…, y quizá de Hira Sangsters, pero ¿ha pensado ya en la señora Bingham, quizá primera víctima de toda esta cadena sangrienta?

—La señora Bingham, oficialmente, murió despeñada por un barranco, No me importa lo que digan —meneó Moore su cabeza enérgicamente, de lado a lado—. Para la policía, fue solamente una muerte accidental…

—Para la policía, quizá. Para mí…, fue un asesinato, constable Moore.

—¿Qué sabe usted, que acaba de llegar a Bradfield?

—No hace falta estar mucho tiempo aquí para darse cuenta de eso, constable Moore —dijo ella fríamente—. Yo sé lo que estoy diciendo. Sé muy bien lo que pudo haber sucedido en Bradfield anteriormente, sin necesidad de estar presente en ello.

—Y según usted…, ¿qué fue lo que sucedió, señorita? —Trató de desafiarla ásperamente el joven policía de Bradfield.

—Según yo creo…, la señora Bingham fue víctima de un asesinato. Los Rhodes puede que se mataran entre sí, aunque no

estoy totalmente segura de ello. En cuanto a la joven bruja, Hira Sangsters…, estoy segura de que también fue asesinada. Pero no podría decir por quién, si he de serle sincera.

—¿Va a escribir esa teoría en sus publicaciones? —la desafió Moore.

—Desde luego. Lo haré, porque estoy segura de que sucedió así.

—¿Y si estuviera equivocada?

—Pediría perdón a todos. Pero sé que no puedo estarlo. Sé que algo raro sucede en Bradfield. Y ese algo raro…, podría no ser solamente en torno a la muerte de esa supuesta bruja, sino alrededor de… de algo que ya sucedió antes. Por ejemplo: la muerte de los Rhodes, con su extraño desenlace…

Moore iba a replicar. No llegó a hacerlo. Inclinó la cabeza. Su voz sonó ahogada:

—Los Rhodes… Sí, creo que en ellos pudo estar el principio de todo, pero…, ¿por qué? Y a fin de cuentas, el que asesinó a la bruja hermosa y joven, llamada Hira Sangsters…, ¿esperaba, quizá, que ese panteón maldito, blasfemo para los habitantes de Bradfield, fuese su última morada? Está ahora maldita, rechazada por la Iglesia, bajo la sombra de una estatua del diablo… ¿Qué puede significar eso, señorita Keeler, cara a sus lectores?

Fue como una pregunta perdida, de la que el propio Dorian Moore no esperaba respuesta alguna. Y, sin embargo, como una réplica del destino, como un fantástico eco de otros mundos, la puerta se abrió de repente, con un ramalazo violento de viento frío y cortante, a la vez que alguien gritaba en el exterior, con tono destemplado.

—¡Señor Moore, señor Moore! ¡Dios mío, no es posible…! ¡Constable Moore…!

El joven policía, tras una vacilación, se precipitó hacia la entrada de su oficina de representante de la ley en Bradfield, tratando de saber lo que sucedía. Se enfrentó a la noche, oscura y gélida, con el viento sacudiendo con agrios aullidos las calles del lugar, y arrastrando a su paso polvo y jirones de papel. En el cielo, fulguraban las descargas eléctricas, sin ruido. Aun así, en la distancia, un trueno tamborileó en las alturas trayendo ecos sordos y sombríos.

Ese mismo viento agitó los faldones del uniforme de la policía

local, y los crespos cabellos rebeldes del joven Moore. Éste se protegió de las ráfagas heladas, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Quién es? —Preguntó—. ¿Quién me llama?

Una figura emergió de las sombras de la noche. Unos ojos desorbitados se clavaron angustiados en él. Dorian Moore apremió, con voz sorda:

—Reverendo Eider… ¿Qué es lo que está ocurriendo esta noche?

Y el reverendo se lo dijo. Le dio la respuesta, con voz ahogada, llena de auténtico terror. De un terror que, quizá, era sólo a lo ignorado, a lo desconocido, a lo que él no entendía…

—Cielos, constable Moore… —susurró—. ¿Sabe una cosa? Las flores…, las flores del camposanto…, en torno al panteón de Hira Sangsters…, se están ajando rápidamente, se deshojan como si algo maldito las hubiera tocado… A la sombra de Satán…, ¡nada sobrevive! Nada, constable… Acabo de verlo con mis propios ojos… La tierra se agosta, todo muere en derredor a esa tumba maldita…

CAPÍTULO III

Era cierto.

Todo se moría en aquella zona circundante. Como si un cerco maldito rodeara la tumba de Hira Sangsters…

Dorian Moore contempló la muerte de las flores y plantas en derredor, como si estudiara los efectos del más raro azote llegado de otros mundos, acaso de aquél donde sólo remaban los muertos…, o los siervos fieles a Satán.

—No tiene explicación… —susurró Moore—. Flores, hierbas, plantas… Todo agoniza en torno a ese panteón rematado por la figura de Satán… Realmente…, ¿tiene eso sentido?

Gladys Keeler, de Londres, le miró pensativa, estudiando luego el lugar. Meneó la cabeza con perplejidad. Quizá era la primera vez en su vida que se enfrentaba a algo totalmente inexplicable para su criterio sobre las cosas terrenas.

—Es como si hubieran extendido un tóxico vegetal en torno… —señaló.

—Pero eso, en un cementerio, no tendría mucha lógica, señorita Keeler —rechazó Moore, ceñudo—. El reverendo dice que es obra del diablo. El exorcista Wax, lo mismo. O cosa parecida. ¿Qué cree que puedo pensar yo al respecto, si un religioso y un experto en exorcismos afirman cosas parecidas? Todo ello conduce a una sola posibilidad: Hira Sangsters era realmente una bruja.

—¿Eso le preocupa, realmente? —rió entre dientes, de modo inesperado, la joven Keeler.

—Bueno, lo cierto es que no —él la miró, sorprendido por su agudeza—. Yo sigo pensando que lo que realmente me preocupa es que… Hira Sangsters dijo a Rhodes que iban a asesinarle. Eso no tendría mayor importancia si él no hubiera sido, realmente, asesinado…, y si ella, la propia Hira…, no fuese ahora víctima de

otro acto criminal no descubierto. Un arma blanca atravesó su corazón. Y sobre la herida, alguien dibujó el signo cabalístico de Satán, en pintura roja…

—¿Un crimen ritual, quizá? —sugirió ella.

—¿Ritual? —Él sacudió la cabeza—. Lo dudo mucho, señorita Keeler. Lo dudo mucho… Ahora, se trata de averiguar la verdad…, al margen del demonio.

—El demonio… —Gladys Keeler se estremeció, dirigiendo una mirada de soslayo a la figura pétrea dé Satán, situada sobre el sacrílego panteón de la mujer hechicera. Luego, estudió las plantas muertas, en torno al recinto mortuorio. Y añadió, ensombrecida—: Dios mío, empiezo a preguntarme si, realmente…, Bradfield es diferente a todo.

—Yo he empezado ya a pensarlo antes que usted —habló Dorian Moore gravemente—. Ya hubo un extraño caso en este cementerio, el del entierro de Howard Rhodes. Ahora…, esto. Sin duda, todos los hechos anómalos que se producen en Inglaterra me toca a mi protagonizarlos, señorita Keeler.

—Puede ser un fascinante tema para artículos, reportajes, e incluso un libro. Usted podría ser el héroe de esos relatos, constable Moore…

—No, gracias. No me gusta la publicidad. Ni tampoco el papel de héroe. No creo que me vaya en absoluto.

—¿Por qué motivo? Puede existir un héroe uniformado de simple policía rural, ¿no lo cree? Un auténtico héroe británico, no un ser novelesco y lleno de falsedad, sino algo verdadero, de carne y hueso…

—Le repito que no me gustaría. No me utilice en sus escritos, señorita. La ayudaré en todo lo que me pida, excepto en prestarle mi nombre o mi persona para protagonizar o interpretar cualquier pasaje de sus relatos.

—Me veré obligada a nombrarle, si descubre el misterio de la muerte de Howard Rhodes, de su venganza increíble sobre la esposa sospechosa…, y de la misteriosa caída de la señora Bingham al barranco, inicio real de todo ese extraño drama, constable Moore.

—Pero se da la peculiar circunstancia, señorita, de que no he logrado descubrir nada todavía…

—Sí. Y, además, según usted…, esa adivina, bruja o lo que sea,

que reposa en ese panteón sacrílego…, ha muerto también asesinada, ¿no es cierto?

—Es sólo una idea. Esta vez, el doctor Mitchell no está en absoluto de acuerdo conmigo. Para él, la señorita Sangsters murió de modo natural, y no ha tenido inconveniente en firmar el certificado correspondiente, negándose a practicar la autopsia, a menos que le diese yo pruebas fehacientes de mis sospechas, o presentara una demanda oficial en ese sentido.

—Y…, ¿no lo hizo, constable?

—No, no lo hice —suspiró el joven policía de Bradfield.

—¿Por qué motivo? —se asombró ella.

—Muy simple: no quiero correr un ridículo, después de mi fracaso en el asunto Rhodes. Si estuviera equivocado, sí esa mujer hubiera muerto de muerte natural, sin intervenir para nada una mano ejecutora…, es posible que eso me costara el cargo.

—¿Y cree que es preferible eso, a tratar de probar que hubo un nuevo asesinato en este apacible lugar? —se sorprendió la joven periodista londinense.

—Tanto como apacible… —Sacudió él la cabeza, frunciendo el ceño—. Lo cierto es que investigo, pese a todo, como si Hira Sangsters hubiera muerto realmente asesinada, y ello estuviese probado. Quizá la autopsia no me ayudaría mucho. Y permitiría al asesino vivir más alerta, sabiendo que yo sospecho de su existencia…

—Un momento, constable —la joven escritora mostró una evidente excitación en su pregunta inmediata—. ¿Está tratando de insinuar que la muerte de Rhodes y la de Hira Sangsters… podrían ser obra de LA MISMA persona?

—Estoy convencido —sonrió débilmente el joven—. Bradfield no puede tener tantos asesinos en potencia…, o yo no conozco nada bien a mi propia comunidad…

—Un momento, Moore. Usted habló antes de «muerte natural»… Pero lo cierto es que a Hira Sangsters le clavaron un cuchillo en su corazón, y le dibujaron un símbolo de brujería. ¿Cómo puede rechazar el médico una autopsia, con semejantes hechos?

—La cuchillada… —Moore rió entre dientes, sacudiendo la cabeza—. ¿Ya ha corrido esa especie por el pueblo? Me alegro de ello. Alguien se habrá sentido desorientado al saberlo. Lo cierto es

que ese cuchillo de que yo hablé en público no es tal, sino un objeto trucado, utilizado en magia, y que hacia aparecer como acuchillada a la dama. En realidad, estaba haciendo una de sus sesiones de espiritismo, brujería y esa clase de cosas… Se apareció ante todos los presentes, como si estuviese muerta por las fuerzas del Mal…, mientras pronunciaba palabras cabalísticas. De repente, cayó sin sentido al suelo. Se dieron las luces. Estaba muerta. De un colapso. Padecía del corazón. El doctor Mitchell la había atendido de tal dolencia en algunas ocasiones. De modo que eso cerró el caso para él. El colapso las dudas al doctor. Y para el exorcista Wax y el alcalde Cole, uno por creer en hechicerías y poderes sobrenaturales, y el otro por su escepticismo en el polo opuesto, resulta que su muerte pudo ser un ritual realizado por los espíritus malignos de la Sombra…, o un simple ataque por sobreexcitación en el desempeño de sus fraudulentas sesiones…

—¿Con qué versión se quedaría usted, en caso de duda?

—Con ninguna, señorita Keeler. Con ninguna. Mi propia versión es una tercera que no encaja en una ni en otra. La bruja Hira Sangsters realizó su numerito habitual, cobró por ello, y durante el mismo, tras el falso apuñalamiento con el cuchillo trucado, alguien le provocó el ataque de alguna forma, no sé si con un medicamento, una droga…, o una impresión demasiado fuerte…

—Eso también es matar a una persona…

—Claro. Lo mismo que clavarle un puñal de verdad en el pecho, como cree Wax que sucedió.

—Ese tal Wax, ¿es, realmente, un exorcista?

—No. No lo es, creo yo. Es un buen farsante. Mujeriego, libidinoso y ruin… Pero la gente cree en sus dotes para combatir al diablo. Y ahí lo tiene, rondando el panteón, pronunciando frases incoherentes y misteriosas…, pero en torno al lugar donde reposa Hira Sangsters…, la hierba y las plantas dejan de crecer.

—Eso, ¿no prueba que es, realmente, una bruja? —sugirió Gladys Keeler.

—A mí, sólo me prueba una cosa: que algo le ocurre a la tierra y las plantas. Algo que, quizá, alguien está organizando para provocar el pánico y dar a la difunta aureola de auténtica discípula del diablo…

—¿Usted no cree en las fuerzas de lo oculto, en la existencia de

un Más Allá? —se sorprendió la joven escritora.

—No creo que ello exista precisamente en Bradfield, señorita Keeler —suspiró Moore, sacudiendo la cabeza con energía, en sentido negativo—. Somos demasiado poco importantes para que el diablo se acuerde siquiera de nosotros…

* * *

Los ruidos en el panteón maldito comenzaron aquella noche.

Moore fue bruscamente despertado por un excitado Marius Fitzgerald, que venía de parte del sepulturero, el borrachín y poco simpático Jason Brooks.

—¿Qué mil diablos sucede ahora? —Indagó Moore, perplejo—. ¿De qué se trata esta vez, Fitzgerald?

—Algo horrible, señor… —Se enjugó el sudor el larguirucho pelirrojo, sacudiendo la cabeza—. Realmente horrible, sí… ¡Se oyen ruidos!

—¿Ruidos? ¿Dónde? —Gruñó aturdido Moore, consultando su reloj despertador, y viendo que eran solamente las cuatro de la madrugada, y afuera sonaba el golpeteo sonoro de una lluvia torrencial.

—En el panteón… ¡El panteón de Hira Sangsters! —Murmuró el cochero—. Brooks ha venido despavorido a decírmelo y a pedirme que venga a verle a usted inmediatamente, constable, para tratar de saber qué sucede allí dentro…

—No creí que Jason se asustara fácilmente por nada —refunfuñó secamente el joven policía—. Yo me imaginé que estaba curado de espantos, tras llevar tantos años en el cementerio, dedicado a su tarea…

—Yo también. Pero uno nunca conoce a sus amigos y vecinos, constable. De todos modos, escuchar ruidos, y precisamente en… en ese panteón…, no es cosa que tenga demasiada gracia, ¿no le parece?

—Bueno, no sabría qué decirte, Marius… Vamos a ver qué diablos pasa. Como sólo sea una rata o un animal cualquiera…, Brooks y tú me vais a oír.

—Constable, no…, no creo que sea una rata ni nada parecido. Jason tampoco lo cree. Y dice tener sus motivos para ello.

—¿Motivos? —Arrugó el ceño Moore, vistiéndose con rapidez,

allá en su habitación, inmediata a su oficina, donde dormía en constante guardia—. ¿Qué motivos son ésos?

—Verá… Según Jason…, y no parecía nada borracho al decirlo…, además de extraños ruidos dentro del panteón, como… como arrastrar de pies, crujir de madera del ataúd y cosas así…, él jura que captó… VOCES humanas…

Moore le miró, asombrado. No comentó nada. Pero esta vez no pudo evitar un leve escalofrío.

—Vamos —dijo, terminando de vestirse, y tomando un farol de petróleo, un impermeable y un revólver—. Salgamos pronto de dudas…

* * *

El agua formaba una verdadera cortina. Chapoteando entre amplios charcos, se movió Moore en la fría madrugada, escudriñando el panteón, a la luz de su lámpara.

Jason Brooks, el sepulturero local, había debido recorrer el pueblo gritando la noticia, porque allí estaban, también con prendas para la lluvia, el alcalde, el exorcista Wax y el reverendo Eider, que evitaba incluso mirar a la figura irreverente de lo alto del mausoleo, aquella efigie del demonio, adorada por la difunta.

—¿Y ahora, Moore? —Preguntó Gordon Wax sarcásticamente—. ¿Sigue pensando que la brujería y los sortílegos de esa mujer maldita no tienen su continuidad más allá de este mundo?

—Quizá le conteste después a eso, si encontramos algo así como un ladronzuelo o un vagabundo, encerrado en el panteón.

—¿Encerrado ahí? ¡Imposible! —rechazó el sepulturero Brooks, escandalizado—. Yo sólo tengo llave de ese panteón. Y no se ha movido de mi vivienda en todo este tiempo… No se puede entrar ahí más que abriendo la puerta de hierro o rompiendo una vidriera emplomada, pero no es ése el caso…, aunque dentro hay también tela metálica, difícil de desgarrar…

—Bien, Jason. Deme esa llave, y trataré de ver yo lo que sucede —habló agriamente el joven constable.

El juez Talbot hizo en ese momento su aparición, con un negro calesín de charolado techo, brillante por la lluvia. Se quedó dentro del vehículo, contemplando la tétrica escena. Las escasas lámparas apenas si dibujaban siluetas borrosas y espectrales, a través de la

cortina de ruidoso aguacero.

El panteón y su diabólica estatua eran lo más visible en aquel juego de luces y sombras. Un viento frío y racheado arrojaba de vez en cuando ramalazos de lluvia sobre los rostros y ropas de los presentes.

—Todo Bradfield está despierto con los alaridos de ese hombre —gruñó el juez, señalando a Brooks, que bajó la cabeza, avergonzado—. ¿Necesitan una orden judicial, Moore?

—No creo, señor —negó el constable—. Si no hallamos nada ahí adentro, no hay motivo para proceder a exhumar los restos de Hira Sangsters…, a menos que usted lo juzgue imprescindible…

—¡Me opongo! —protestó el alcalde Brian Cole, palideciendo—. Esa pobre mujer no debe ser movida, ni su reposo turbado…

—¡Reposo! —Farfulló Gordon Wax, malhumorado—. En sus condiciones, ningún cristiano puede reposar en paz, alcalde… Murió en pecado mortal, y el pecado se incrementó con su inconcebible deseo póstumo. Ese panteón… ¡Sólo en Bradfield sería posible algo así!

—Ya hemos discutido lo suficiente acerca de eso, caballeros —terció conciliador el reverendo Eider, evitando mirar la imagen nefanda de la cúpula del mausoleo—. No se sacó nada en limpio de ello, y ahora eso sigue ahí, pese a todo. La criatura equivocada y posesa que alberga, quizá no descanse en paz. Pero no resolveremos su grave situación en la otra vida, peleando aquí como gañanes…

—El reverendo tiene razón —admitió Dorian Moore, tomando la llave de manos del amedrentado sepulturero, y caminando hacia la cripta—. ¿Alguien quiere entrar conmigo en ese panteón?

Hubo un instintivo movimiento de retroceso en todos los presentes. Al final, Wax fue el que se ofreció: de rodillas en un charco, tartajeaba cosas ininteligibles, y su mirada demencial se perdía en la noche, en el temporal que se abatía furioso sobre Bradfield.

Alguien acercó luces adonde esperaba, como petrificado, la mirada fija en la puerta de la cripta, el policía Moore.

Y, de repente, la vieron.

Las luces revelaron su figura, su hermoso cuerpo de mujer joven, envuelto en el sudario, con la palidez cérea de la muerte…

Hira Sangsters ESTABA SALIENDO lentamente del mausoleo,

con una vidriosa mirada fija en todos ellos…

Caminaba paso a paso, escalones arriba, hasta salir a la lluvia, imperturbable, como un ser llegado del otro mundo…

Los gritos y desbandada fueron generales ante el horror visible. Moore, atónito aún, se limitaba a seguir sus pasos espectrales con una mezcla de estupor y miedo.

—Hira Sangsters… —murmuró—. ¿Qué significa esto? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has vuelto a la vida, después de muerta?

Ella se detuvo. Giró la cabeza. Le miró. El hermoso cadáver parecía tambalearse…

Sus labios yertos se entreabrieron, dificultosamente. La seca saliva de su boca le permitió modular unos gruñidos inarticulados y horribles.

Moore creyó adivinar, intuir más que entender, algunas palabras:

—La muerte…, no es… la… muerte… Yo sé quién…, sé quién…

De pronto, como fulminándoles desde los oscuros cielos, testigos de aquel pavoroso hecho, se desprendió sobre el cementerio una chispa eléctrica. La luz llameante cegó a todos. Un estallido horrísono los ensordeció.

Sobre la cúpula del mausoleo, donde había estallado el rayo, osciló y tembló una figura de piedra… Una mole de gran peso, se desplomó, arrancada y hendida por el poder del rayo…

La estatua de Satán cayó con enorme bramido sobre la figura de la resucitada. Ella chilló de horror, al verla venir hacia si…

Hubo un impacto sordo, brutal, un chasquido escalofriante de huesos…, y la estatua quedó hecha dos pedazos, en tierra, sobre un enorme charco de agua, sobre un cuerpo de mujer aplastado…, del que un reguero de sangre iba escapando lentamente…

TERCER VIAJE AL CEMENTERIO

EL SEPULTURERO

Capítulo primero

Dorian Moore se quedó mirando fijamente al doctor Mitchell con asombro infinito.

—¡Muerto…! Pero, doctor, ¿cómo pudo ser? La pasada semana estuvo en el cementerio, la noche aquélla… Parecía tan lleno de salud como siempre…

—Sí, eso es lo extraño… Constable, ha sido tan repentino lo del pobre… Sólo nos queda rezar por él…, y asistir a su entierro y funerales. Ya todo ha terminado para el buen juez Talbot…

—Aaron Talbot, sesenta años el próximo mes de abril —recordó Moore—. Un hombre fuerte y saludable… Y ya ha muerto. ¿Sabe las causas?

—Evidentemente, algo cerebral. Un derrame, sin duda Ya había sufrido uno en otra ocasión, y logró salvarse… Esta vez, su naturaleza no resistió…

Dorian Moore se quedó pensativo. Golpeaba con su lápiz las cuartillas situadas sobre su mesa de trabajo en el cuartelillo de Bradfield. Murmuró en voz baja:

—Cielos, qué temporada: los Rhodes, Hira Sangsters…, y ahora, el juez Talbot…

—Bueno, así es la vida. Unos mueren violentamente…, y otros de modo apacible. Ahora confío en que siga una mejor temporada, al llegar la primavera…

—Siempre se debe confiar en tiempos mejores —sonrió Moore tristemente—. Bien, iré a ver al juez más tarde… ¿Quién se ocupa de todo?

—Como no tenía familia, Rebeca Floyd y el reverendo Eider…

—¿Familia? Sí, sí tenía… Creo recordar que un joven sobrino, en Birmingham o en Leeds, no recuerdo bien… Haré los posibles por localizarlo… Bien, doctor Mitchell. Gracias por el informe. Ya nos

veremos luego allí…

El médico se ausentó, y Moore siguió trabajando. Poco después, sonaba la campanilla de su puerta. Alzó la cabeza con enojo. Pero se suavizó en seguida. Se puso en pie, sonriente, y recibió con deferencia a su nueva visita.

—Señorita Keeler… —murmuró—. ¿Usted por aquí, todavía? Creí que tras el golpe de teatro de la resurrección de Hira Sangsters y el fin de su mausoleo sacrílego, ya tenía tema sobrado para sus artículos…

—Oh, este pueblo es una auténtica mina de noticias —sonrió la joven londinense—. Ya hacía mis maletas, cuando supe lo del pobre juez Talbot…

—Me temo que el juez no tenga suficiente personalidad para que sirva de pretexto a sus crónicas. En este caso, ni siquiera hay un crimen…

—Tal vez. Pero sí hay tema para escribir sobre el juez Aaron Talbot, no lo dude.

—¿De veras? —refunfuñó sorprendido Dorian Moore.

—En efecto. Acabo de enterarme que, al morir, dejó dispuesto que sus pertenencias más valiosas, como joyas, etcétera, le acompañaran en su féretro para el último viaje.

—¿De veras? El doctor no me contó nada de eso…

—Oh, me lo ha referido el alcalde Cole. El notario McLower tiene un documento en ese sentido. Deshereda a un sobrino calavera, un tal Mike Talbot, y decide llevarse sus joyas al otro mundo, ser sepultado con ellas en su tumba…

—Pocas joyas debía tener el juez Talbot. Era hombre sobrio y poco dado al lujo…

—Otro error, Moore. Con las personas nos llevamos a veces enormes sorpresas, créame. ¿Ignoraba usted que el juez Talbot poseía la más bella colección de joyas conocida últimamente? Nada menos que las llamadas Joyas Sangrientas…

—¡Joyas Sangrientas! —bromeó Moore, admirado—. Cielos, no veo en eso al juez Talbot…

—Le gustaban los rubíes. Sólo eso. Las Joyas Sangrientas eran piezas únicas de platino y oro, con rubíes bellísimos y muy grandes. De ahí su nombre… Pero lo curioso es que he telegrafiado a Londres, a mi periódico, ¿y saben qué me han contestado?

—¿Cómo puedo saberlo? —murmuró Dorian Moore, intrigado.

Gladys Keeler le tendió un despacho telegráfico urgente. Moore leyó, asombrado:

«Joyas Sangrientas pertenecieron últimamente a Hira Sangsters, bruja y adivina. Al parecer fueron regaladas secretamente a un magistrado. Se sospecha que en precio de un soborno, hace aproximadamente un año».

* * *

—¡Soborno! ¿El juez Talbot…, soborno?

—Sí, alcalde Cole —afirmó fríamente Moore, con expresión vidriosa en sus ojos excitados—. Algo insólito e increíble. Pero cierto. Hace un año, el juez Talbot actuó en el sobreseimiento del asunto Bingham. Él tenía que juzgar a Rhodes, si era culpable. Y he aquí que, por entonces, Hira Sangsters, la bella bruja, regala su más cara colección de joyas a Talbot, secretamente. ¿Eso qué puede significar? Que Talbot fue sobornado.

—¿Por Hira Sangsters? —Dudó el alcalde—. ¿No sospechaba usted que el culpable fue Howard Rhodes?

—Sí, alcalde. Pero no hay duda que Hira fue la autora del soborno y la dueña de las joyas. Debía tener mucho dinero para construirse ese panteón, vivir lujosamente…, y regalar unas alhajas semejantes. ¿Ata usted cabos?

—No. Y lo siento. ¿Adónde quiere ir a parar, Moore, con sus teorías?

—A esto, señor: Rhodes tuvo una persona cómplice, en el asesinato de la señora Bingham… Esa persona era alguien con suficiente confianza con Rhodes, para prevenirle de su posible muerte cercana…, a manos de su esposa, quizá.

—¡Hira Sangsters, otra vez!

—Eso es. Hira Sangsters es el factor común a estos tres sucesos… Y tenemos otro factor inquietante: TODOS los que se mezclaron de un modo u otro en la muerte de Susan Bingham HAN MUERTO: Rhodes, Hira…, y ahora el juez Talbot.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto, señor: quizá no todo sea tan casual como parece. Hay un nexo entre todo…, y debo encontrarlo… Sólo entonces me quedaré tranquilo…

—Constable, cuidado con lo que publica. Este caso podría ser un terrible escándalo, si el juez fuese inocente de todo eso, y los tribunales se nos echarían encima con todo su poder y virulencia…

—Cierto, señor… Muy cierto. Por eso voy a ser cauto. Muy cauto. Recuerdo que la «resucitada» Hira Sangsters, de quien luego supimos que solamente sufrió un ataque de catalepsia bastante extraño, produciendo una muerte aparente…, que pasó a ser real bajo la estatua de Satán en su mausoleo… Como decía, recuerdo que ella habló algo de que la «muerte no era muerte»…, y también citó que sabía quién…

—Quién hizo ¿qué?

—No lo sé. Pero es fácil imaginarlo. Sabía quién la habría suministrado la droga mediante la cual pareció muerta. De no ser por Jason Brooks, el sepulturero, que escuchó los golpes y voces, ella hubiera muerto asfixiada en su cripta y jamás hubiéramos sabido nada…

—Sí, eso es cierto… ¿Adónde le conduce eso, Moore?

—A este otro momento. Talbot muere de enfermedad natural, según parece. ¿No es posible que la misma mano que eliminó a Rhodes y a Hira… termine también con el juez?

—¿Otro crimen? —Se horrorizó Cole.

—¿Por qué no? Un veneno capaz de producir ese efecto, pongamos por caso… Pero no voy a levantar esta vez la liebre. Fingiremos que todo está bien así. Será sepultado el juez Talbot. Con sus joyas, como pide en su última voluntad…

—¿Y…?

—Y yo seguiré investigando. Tratando de encontrar el motivo. Hallado éste, es seguro que aparecerá el culpable…, sea quien sea.

Y el tono de Moore era tan firme como convencido.

CAPÍTULO II

Marius Fitzgerald hizo su rutinario viaje al cementerio, con el féretro que contenía el cadáver del juez Aaron Talbot, muerto de muerte natural, según constaba oficialmente.

Esta vez, Fitzgerald parecía algo más impresionado, quizá por saber que, dentro del féretro, además de un cuerpo sin vida, viajaba una fortuna en joyas raras, destinadas a pudrirse bajo tierra, como un rito faraónico, junto al cadáver del magistrado.

Jason Brooks temblaba ligeramente y estaba algo más ebrio, cuando abrió el nicho donde reposaría el juez Talbot. Entre los asistentes, un joven petimetre, airado y despectivo, clamó en voz alta, entre siseos de desaprobación:

—¡Viejo avaro! ¿De qué te servirá desheredarme y pudrirte con todo lo tuyo ahí dentro?

—Por favor, señor Talbot —pidió el reverendo Eider con disgusto—. Cuando menos, sepa comportarse aquí…, y no hable así de su pobre tío Aaron. Él ya descansa en paz…

—Si va a donde yo deseo, reverendo…, ¡arderá en el fuego eterno de los infiernos! —jadeó con ira Mike Talbot—. Además de tacaño y ruin, era un magistrado indigno. ¡Todos sabemos que se vendió por esas joyas que ahora le escoltan en su viaje al Averno!

Y salió airadamente del cementerio, seguido por la mirada pensativa de Dorian Moore, y la de otras muchas personas presentes en la fúnebre ceremonia.

Una de esas personas, era Jason Brooks, el sepulturero…

* * *

—Eso es —chascó la lengua Brooks, y apartó el vaso de vino de su mesa. Se inclinó hacia el hombre situado ante él, bajo la lámpara

de gas de aquella casucha miserable, contigua al cementerio—. ¿Qué tal la idea, señor Talbot?

Los ojos del joven heredero burlado brillaron maliciosos. Sus manos temblaron.

—¿De veras haría usted eso…, por sólo quinientas libras?

—De veras —rezongó el hombre de mejillas enrojecidas, apestando a alcohol su aliento—. Sé que esa colección de joyas vale mucho más, pero podría ser que la avaricia rompiera el saco, señor Talbot. Yo no puedo quedarme con ellas, porque no podría hacer nada en Bradfield ni en ningún sitio, con algo tan conocido por todo el mundo. Usted…, es diferente, amigo. Puede irse lejos, venderlas o desmontarlas y hacer otras nuevas… Deme quinientas libras…, y esta misma noche abriremos el ataúd de su tío Aaron, para despojarle de esas inútiles baratijas… Los muertos no necesitan de adornos valiosos.

—Viejo truhán —rió el joven Talbot—. Seguro que no es la primera vez que lo hace…

—Seguro —rió a su vez el sepulturero—. Pero eran chucherías: dientes de oro, sortijas… A veces tengo que martillear los dientes…, o cortar algún dedo… Bah, no reporta mucho todo eso. Lo suyo será distinto, señor…

—Convenido. Iré con usted al nicho… No me fío de usted, Brooks. Traeré las quinientas libras, no tema…

—Si no las trae, no se moleste en venir. Jason Brooks no hace esos trabajitos a crédito. Al menos sacará usted de esas joyas diez o quince veces más…

—Eso será ya asunto mío, amigo Brooks. Hasta luego. No faltaré. Ni las quinientas libras tampoco, por supuesto…

* * *

El cuchicheo cesó en la sombra.

Unos leves golpes de pico movieron la frágil capa de ladrillos que pusiera provisionalmente Brooks sobre el féretro. El nicho tardó pocos momentos en ser abierto.

Con la máxima cautela, bajaron el féretro al suelo, para tener más facilidad de maniobrar. Alrededor de ellos, la noche era nublada y sombría. El viento frío hacia crujir las ramas del camposanto, en torno a las tumbas, como si fueran huesos de

esqueletos.

Mike Talbot miró en torno con inquietud. Luego, procedió a ayudar a Brooks en el intento de abrir el ataúd con el menor ruido y daño posible. Pero la caja de negra madera era sólida, y resistía bien los intentos.

—Esta caja no se abre… —farfulló el heredero.

—Calma, calma. No se precipite ni se ponga nervioso —calmóle Brooks—. Ya está casi… Yo haré el resto. Apártese ya, amigo…

¡Craaaaashhhh!

El chasquido de madera astillada heló la sangre en las venas a Mike Talbot, que miró en torno, como si todos los difuntos fuesen a salir de sus tumbas, mirándole con vacías cuencas acusadoras.

No sucedía nada. Salvo el rumor del viento, todo continuaba callado y tranquilo. Brooks rió en la sombra.

—¡Qué tontos son ustedes! Nunca tema a un muerto, amigo. Sólo a los vivos. Éstos no se mueven. Jamás. Yo llevo aquí muchos años…, y sólo la pobre Hira Sangsters…, porque no estaba muerta…, salió de su tumba. Fue un hecho aislado que ya nunca se repetirá… Vea. Mire qué brillo de joyas… ¡Parece sangre!

Era verdad. Fuego y sangre juntos. Hermosísimos rubíes con montura de platino y oro, sobre las manos y pecho del juez Talbot, rígido y céreo…

Impaciente, ávido, Mike arrancó de las manos del juez las joyas. Tiró de ellas violentamente, las atrajo hacia sí, jadeando, tembloroso de codicia.

—¡Mías, mías! —sollozó, histérico—. ¡Al fin mías, tío Aaron…!

Brooks le contemplaba en su acción exasperada por quedarse con todas las joyas rápidamente… Se estaba riendo de ello…, cuando el juez Talbot abrió los ojos en su ataúd.

* * *

Un ronco grito inarticulado brotó de los labios de Brooks, repentinamente amedrentado. Se echó atrás, señalando al muerto.

—¡Mire…, mire, señor! —gimió.

Entonces Mike Talbot dejó de mirar las gemas. Clavó sus ojos atónitos en el ataúd…

Su tío Aaron Talbot estaba INCORPORÁNDOSE lentamente mirándole con expresión terrible y alucinada… La boca se movió,

gorgoteando algo espantoso:

—Mike, sobrino… Es mío. No puedes llevarte lo que me pertenece… Déjalo en mi tumba…

Su voz era un gorgoteo atroz, ronco… Sus manos amarillas se estiraban hacia Mike. Éste, de súbito, exhaló un alarido largo, interminable, lleno de pavor… Arrojó las joyas por el suelo, echó a correr, como despavorido…

Y siguió corriendo, corriendo y gritando, huyendo de la sombra mortal del féretro…

Así le hallarían al día siguiente, cerca de Bradfield, corriendo y chillando, hasta que su corazón le falló… A mediodía, Mike Talbot estaba muerto.

* * *

Dorian Moore contempló una vez más el cadáver del juez, con la gruesa piedra aplastando su cráneo. La sangre lo empapaba todo. Incluso los rojos rubíes dispersos…

Se volvió hacia donde sollozaba Jason Brooks, el sepulturero, esposadas sus muñecas, no lejos de Marius Fitzgerald, el conductor del carruaje fúnebre de Bradfield, que miraba como aturdido todo aquel escenario dantesco del cementerio.

—De modo que insistes en que no fuiste tú el asesino… —habló Moore lentamente.

—¡No, no! —gimió él—. ¡Lo juro, constable! ¡No toqué a ese pobre hombre! ¡Sólo abrí su féretro para… para que el señor Mike Talbot se llevara las joyas! ¡Lo juro! Y entonces…, entonces el muerto abrió los ojos, se alzó de la caja, habló a su sobrino, le reclamó sus joyas… El chico pareció enloquecer de súbito. Tiró las joyas, escapó…

—Sí, Brooks —suspiró Moore—. Escapó. Ya lo hallamos. Muerto, en un acceso demencial. Murió chillando, llorando… Algo terrible. Sigue ahora. ¿Qué hiciste tú entonces?

—Yo…, yo juro que no me atreví a tocar nada. El juez vivía…, o había vuelto del otro mundo, no sabía decirlo… Huí, me escondí… Luego, de repente, escuché golpes, un grito ronco y atroz… Al salir esta mañana, con el nuevo día…, encontré así su cuerpo…

—Y de no ser porque llegué yo a tiempo, Jason, hubieras vuelto a sepultar al juez, sin informarnos de nada, ¿no es cierto?

—Yo…, claro… Yo no quería… pagar culpas… ajenas… No sé… quién aplastó la cabeza del difunto juez…, con ese peñasco…

—Yo te lo diré. Fue alguien que ya antes intentó matarle con una droga que produce la catalepsia o muerte aparente. El mismo caso de Hira Sangsters…, y quizá del propio Rhodes. Pero a él también le había envenenado, quizá su propia esposa, como Hira Sangsters sospechaba…, y si no fue el veneno, la autopsia le habría matado. Una ironía de la vida… Ahora, el asesino, por si se repetía lo de Hira, vigilaba… Y al ver que desenterraban al juez, comprendió que tenía que matarlo antes de que pudiese decir quién le dio la droga de la muerte aparente…

—Cielos, constable —habló Fitzgerald, sorprendido—. ¿Existe una muerte aparente?

—Sí, existen diversos modos de producirla. Esta droga la perfeccionó el farmacéutico John Harvey, de Bradfield. Ya me lo ha confirmado. Y le desapareció. Alguien la ha robado de allí…, para usarla en sus crímenes… Lo malo es que no es un remedio muy eficaz, en según qué casos…, y el muerto resucita inoportunamente…

—Es increíble… —rezongó el conductor del coche fúnebre, admirado su gesto.

—Increíble, sí… —Moore afirmó despacio, y luego se apartó del punto donde yacía el cadáver del juez Talbot, ahora definitivamente muerto, aplastado por el asesino, que regresó a repetir su golpe mortal…

En la puerta del cementerio, Gladys Keeler escribía rápidamente sus notas en un bloc. Miró a Dorian Moore.

—¿Algo nuevo, constable? —preguntó.

—Sí —dijo cansadamente el joven—. Ya sé quién es el asesino…, y por qué mató a todas esas personas…

A Gladys casi se le cayó el bloc de las manos. Miró boquiabierta a Moore.

—¡No es posible, constable! —murmuró—. ¿Lo dice en serio?

—Totalmente en serio —sonrió él apaciblemente—. Sí, amiga mía… Ya sé toda la verdad. El motivo era la clave del asunto…

—¿Y ese motivo…?

—La muerte de Susan Bingham, como imaginé.

—¿Qué relación puede tener con todo lo demás…?

—Una muy simple: Howard Rhodes empujó a Susan al barranco, Hira Sangsters la había llevado allí con engaños… Y el juez Talbot fue sobornado, cerrando el expediente sin investigar a fondo esa muerte…

—Y los tres murieron.

—Eso es. Los tres murieron. Alguien que quería mucho a Susan Bingham mató a todos los causantes de su mal, y de que el crimen quedara impune.

—¿Quién era esa persona, Moore? ¿Algún fervoroso enamorado?

—En cierto modo —sonrió el joven policía tristemente—. El más limpia y noblemente enamorado que ella podía tener… Su hermanastro. Un joven de Bradfield que jamás relacionamos con ella…, porque tenían diferente apellido, al ser hermanastros de madre… Nesbitt era el apellido de Susan.

—¿Y… el del hermanastro de ella?

—Fitzgerald —suspiró lentamente Moore, señalando al larguirucho pelirrojo que se aproximaba hacia ellos, indolente—. El conductor de nuestro carruaje fúnebre…

EPÍLOGO

—Admirable… —Ponderó el capitán Flaherty—. ¿Comprobó usted el parentesco?

—Sí. Eran hermanastros. Fitzgerald, el afable y bueno de Marius Fitzgerald, amigo de todos, era un asesino implacable. Su afán de venganza estuvo bien oculto. Pero él ayudaba al boticario en las cosas de la farmacia. Era quien mejor pudo robar la droga de la muerte aparente… Su contacto constante con la muerte, le había insensibilizado ante ella. No consideraba que hiciera mal con ello… Terrible y a la vez patético, amigo mío… Pensando detenidamente en el caso, me pregunté quiénes podían ser capaces de ir de noche a un cementerio, sin temor alguno… Sólo había dos personas: el sepulturero ladrón, Jason Brooks…, y Fitzgerald, naturalmente… No era raro que vigilase allí dentro, y luego asaltara a Talbot, rematándole…

—De modo que por eso está aquí el coche fúnebre…, y su conductor —dijo el policía americano—. Y usted en Londres, en Scotland Yard…

—Todo se lo debo a aquel caso. Mi cargo actual…, mi matrimonio…

—¿También su matrimonio? —se sorprendió el capitán Flaherty.

—También… —Moore sonrió, al oír unos pasos por el corredor del museo—. Mire, capitán Flaherty. Ahí llega mi esposa… Se la presentaré.

Ella entró en la amplia sala. Miró al coche fúnebre y sonrió, entendiendo. Besó a su esposo. Dorian Moore se volvió al policía de Nueva York.

—Capitán, ésta es mi esposa… Su nombre es Gladys… Gladys Moore. Naturalmente, de soltera se llamaba Gladys Keeler…, y escribía libros, revistas y cosas así… Ahora, está demasiado

ocupada siendo mí esposa, para pensar en nada más…

—Es un placer conocerla, señora —dijo James Flaherty. Luego, sonrió a Moore, amistosamente—. Ciertamente, nunca vi un caso más extraño y compleja Había tantas cosas raras en él, que el bosque impedía ver los árboles, como se dice en estos casos…

—Sí, capitán, exactamente —rodeó los hombros de su esposa con un brazo—. Y ahora, vamos a celebrar esta reunión fuera de este museo…, y de sus recuerdos del pasado.

Tras una última ojeada a la figura de Marius Fitzgerald, sentado en el pescante de su coche fúnebre, salieron de la estancia, camino de la salida del museo.

Las sombras fueron cayendo sobre los recuerdos del crimen en Inglaterra. También sobre un coche fúnebre, motivo central de una singular historia de terror y de sangre…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.